

# LOS INTELLECTUALES

(Ni son todos los que están,  
Ni están todos los que son)



Biblioteca Omegalfa  
2023

# LOS INTELECTUALES

*(Ni son todos los que están, ni están todos los que son)*

Varios autores

Compilación

Selección de materiales:

Marcos

Maquetación:

Demófilo

2023

Los textos seleccionados para esta edición digital han sido recopilados de entre los numerosos materiales existentes en las Redes sobre la temática indicada en el título. Esta obra de divulgación se ofrece sin intención lucrativa ni interés comercial, con una finalidad exclusivamente educativo / cultural.



---

Biblioteca Virtual  
OMEGALFA  
2023

## CONTENIDO

1. <i>Intelectuales: nacimiento y peripecia de un nombre</i> Carlos Altamirano	4
2. <i>¿Deben los intelectuales meterse en política?</i> Humberto Eco	26
3. <i>El papel de los intelectuales en el cambio social</i> James Petras	30
4. <i>Intelectuales e ideólogos</i> Marcos Roitman	41
5. <i>La izquierda y sus intelectuales</i> Heinz Dieterich	46
6. <i>El ocaso de los intelectuales y el extravío de la razón</i> Isaac Enríquez Pérez	62
7. <i>Un pensamiento desconectado de la realidad</i> Emir Sader	68
8. <i>Intelectuales, entre charlatanes de feria y bastiones del Pensamiento crítico</i> Marcelo Colussi	74
9. <i>La traición de los intelectuales</i> Chris Hedges	84
10. <i>Antonio Gramsci y los intelectuales</i>	90

# 1. INTELECTUALES: NACIMIENTO Y PERIPECIA DE UN NOMBRE \*

**Carlos Altamirano \*\***

**E**N este artículo se traza, en grandes líneas, el recorrido que hizo el término «intelectual», desde su bautismo político en Francia con el caso Dreyfus. Si bien la resonancia que tuvo la acción de los intelectuales franceses en la crisis de 1898 fue muy amplia, los efectos de su irradiación no fueron

los mismos en todas partes ni en todas las lenguas. La geografía cultural que el autor toma en cuenta no es solo la de los países europeos, sino también la de la América hispana, donde rápidamente la nueva expresión cobró ciudadanía. El concepto de intelectual no tiene un significado establecido: es multívoco, se presta a la polémica y tiene límites imprecisos, como el conjunto social que se busca identificar con la denominación de «intelectuales». Evocar brevemente la genealogía de este nombre no nos proporcionará una

---

\* Fuente: Revista [Nueva Sociedad 245, Mayo - Junio 2013](#), ISSN: 0251-3552

\*\* Investigador argentino especializado en historia del pensamiento social y político. Ha sido miembro de la revista Punto de Vista y actualmente es editor de Prismas, anuario de historia intelectual. Ha publicado, entre otros, los libros *Bajo el signo de las masas, 1943-1973* (Ariel, Buenos Aires, 2001); *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos* (Siglo XXI, Buenos Aires, 2005), *Peronismo y cultura de izquierda* (Temas, Buenos Aires, 2001, reeditado en 2011) y *La invención de Nuestra América* (Siglo XXI, 2021)

definición, pero puede servirnos para un primer acercamiento a la cuestión y a su histórica polivalencia.

Como sustantivo, el término «intelectual», con su plural «intelectuales», es relativamente nuevo. Corriente hoy en el habla común, en los *media* y en el lenguaje de las ciencias sociales, su empleo para designar a un grupo social o a un actor de la vida pública no va más allá del último tercio del siglo XIX, en cualquiera de las lenguas modernas. En el *Primer diccionario etimológico de la lengua española*, de 1881, uno de los significados del vocablo «intelectual» indica una ocupación: «El dedicado al estudio y la meditación».[1] Esta acepción aparece consolidada en castellano ya a principios del siglo XX, según se lee en la *Enciclopedia Espasa-Calpe*: desde entonces «se ha usado con frecuencia la denominación ‘intelectuales’ para designar a los cultivadores de cualquier género literario o científico».[2] Entre las dos fechas ha mediado lo que podríamos llamar el bautismo público de este vocablo y el comienzo de su connotación política.

## Relato de origen

De acuerdo con una tradición consagrada, el nacimiento de la noción de intelectuales en la cultura contemporánea remite a Francia, al año 1898 y al debate que movilizó y dividió a la opinión pública francesa en torno del «caso Dreyfus». Hasta entonces, el vocablo había circulado en francés marginalmente, sobre todo en revistas de la vanguardia anarquista y simbolista parisina. [3]

---

1. Roque Barcia: *Primer diccionario etimológico de la lengua española*, Madrid, t. iii, 1881.

2. Espasa-Calpe: *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana Espasa-Calpe*, tomo 28, Espasa-Calpe, Madrid, 1926.

3. Christophe Charle: *Naissance des «intellectuels»*, 1890-1900, Minuit,

«En el comienzo estaba el caso Dreyfus», escribe Jean-François Sirinelli [4] para referirse a esa escena originaria. En 1894, el capitán del Ejército francés Alfred Dreyfus, alsaciano y de origen judío, fue arrestado bajo la acusación de haber entregado información secreta al agregado militar alemán en París. Pese a la fragilidad de las pruebas, un consejo de guerra lo halló culpable de alta traición y lo condenó a cumplir cadena perpetua en la Isla del Diablo (Guayana Francesa), tras ser despojado de sus grados militares.

Solo la familia creyó en su inocencia y se movilizó para lograr la reapertura de la causa buscando apoyo en el mundo político y en la prensa. Aunque en 1896 el descubrimiento de nuevos indicios dio sustento a la demanda de los Dreyfus, la justicia militar francesa, dominada por círculos de la derecha nacionalista y antisemita, se negó a revisar el caso y a investigar las pruebas que señalaban a un nuevo sospechoso, el comandante Walsin Esterházy. Para los jefes militares, la admisión del error afectaría la autoridad del Ejército. No obstante, la labor de los familiares y los rumores sobre ocultamientos y manipulaciones lograron trascender el escudo de silencio con que las autoridades habían rodeado el *affaire*, y algunas personalidades se sumaron al reclamo de reabrir la causa.

En 1897 ingresa en el combate por la revisión el escritor Émile Zola. Primero desde las páginas de *Le Figaro*, después en *L'Aurore*, cuando la caída de las ventas hace flaquear el dreyfusismo de *Le Figaro*. Y en *L'Aurore* publicará el 13 de enero de 1898 su carta abierta al presidente de la república francesa, titulada por Georges Clemenceau, jefe de redacción del diario, con el título luminoso que la hará célebre: «Yo

---

París, 1990.

4. J.-F. Sirinelli: *Intellectuels et passions françaises*, Fayard, París, 1990.

acusos». Al día siguiente, el mismo diario recoge un breve petitorio bajo el título «Una protesta», cuyos signatarios eran hombres de letras y científicos.

El texto reprobaba la «violación de las formas jurídicas» en el proceso de 1894 y los «misterios» que habían rodeado el caso Esterházy y exigía una revisión. Las firmas de respaldo se escalarían a lo largo de muchas semanas. Algunos de los firmantes gozaban de gran notoriedad —como los escritores Anatole France y Pierre Louÿs o el historiador Charles Seignobos—; el renombre

de otros ante el gran público era menor, como el de los todavía jóvenes André Gide, Marcel Proust y Charles Péguy; el resto era completamente desconocido. A la firma de quienes consideraban que su nombre bastaba (los eximía de mayor identificación el prestigio de una obra literaria o científica asociado con su nombre), el petitorio sumaba las de quienes consignaban los títulos profesionales de que estaban investidos o sus diplomas («licenciado en Letras», «licenciado en Ciencias», «agregé», etc.). A los pocos días de que se publicara la protesta, el 23 de enero y nuevamente en *L'Aurore*, Clemenceau hizo referencia a ella y a sus firmantes, «esos intelectuales que se agrupan en torno de una idea y se mantienen inquebrantables». El periodista anunciaba así que un nuevo actor colectivo había hecho su ingreso en la vida pública francesa.



«En la memoria del medio intelectual, el acto fundador de la gesta de los *clercs* es la firma de ‘J’Accuse...!’ por Émile Zola en *L’Aurore* del 13 de enero de 1898, acto apoyado al día siguiente en el mismo diario por un grupo de escritores y universitarios. Una iniciativa individual, pues, seguida de un texto colectivo»<sup>5</sup>].

La investigación histórica ha corregido muchos lugares comunes contenidos en la vulgata de ese relato de origen, pero ninguna de las enmiendas despojó de su valor mítico, como hechos constituyentes, al manifiesto de Zola y al petitorio colectivo que lo siguió. A través de ellos, los *clercs*, como los denomina Sirinelli con deliberado anacronismo, afirmaban su autoridad, una autoridad diferente de la autoridad política y sus órganos, una suerte de tribunal de los hombres de cultura. ¿De dónde procedía esa autoridad? De la reputación adquirida como escritor, erudito, científico o artista, y de los diplomas universitarios —es el argumento que dejan ver las firmas—. Pero el universo social de los signatarios del petitorio no se agotaba en las categorías profesionales mencionadas. La declaración fue suscripta igualmente por numerosos periodistas y también por docentes de la enseñanza primaria y secundaria. Esta coalición cultural obró como una magistratura que se manifestaba en el espacio público y proclamaba su incumbencia en lo referente a la verdad, la razón y la justicia, no solo frente a la elite política, el Ejército y las magistraturas del Estado, sino también frente al juicio irrazonado de una multitud arrebatada por el chovinismo y el antisemitismo.

El término «intelectuales» se arraigó a partir del debate que fracturó el campo de las elites culturales y las dividió en dos familias espirituales, *dreyfusards* y *antidreyfusards*: las dos Francias. El elogio de Clemenceau a la actitud de los

---

5. *Ibíd.*, p. 21.

firmantes impulsó la respuesta de una de las plumas más prestigiosas del momento, Maurice Barrès, alineado con el antidreyfusismo. En un editorial de *Le Journal* del 10 de febrero de 1898 titulado «La protestation des intellectuels!» [La protesta de los intelectuales], Barrès retomó esa denominación para volverla contra los firmantes, descalificándolos:

«Estos supuestos intelectuales son un desecho inevitable del esfuerzo que lleva a cabo la sociedad para crear una elite».

Para el historiador Pascal Ory, este editorial de Barrès marca la verdadera fecha de bautismo de la palabra «intelectuales» en el lenguaje ideológico contemporáneo. Al replicar, los dreyfusistas harían suya la denominación con que Barrès había buscado mofarse y ridiculizarlos: «Algunos días más tarde, el bibliotecario de la Rue d'Ulm, Lucien Herr, mentor de los jóvenes normalistas de izquierda, redimió a la palabra de su infamia en una solemne carta abierta 'A M. Maurice Barrès', aparecida en la que hasta entonces era la más barre-siana (y antizoliana) de las revistas, *La Revue Blanche*»[6].

Remisión de un campo adversario al otro, reutilizaciones y cambios de sentido: el vaivén que conoce el término en el debate sobre el caso Dreyfus deja ver que la apología del intelectual y el discurso contra el intelectual se desarrollaron juntos, como hermanos-enemigos. El conocimiento social es siempre impuro y la lucidez suele ser interesada. Algo de esta clase de perspicacia apareció en el discurso de los *anti-dreyfusards*, que insistieron desde el comienzo de la disputa en que la noción de intelectual proclamada por sus adversarios elevaba a los hombres de ideas a la condición de miembros de una clase superior. El elitismo, en resumen, fue uno

---

6. P. Ory: «Qu'est-ce qu'un intellectuel?» en *VVAA: Dernières questions aux intellectuels et quatre essais pour y répondre*, Olivier Orban, París, 1990, p. 21.

de los primeros blancos del discurso antiintelectual de los intelectuales nacionalistas y conservadores[7]. Dirá, por ejemplo, el crítico literario Ferdinand Brunetière, un antidreyfusista reputado:

El solo hecho de que la palabra «intelectual» haya sido recientemente adoptada con el fin de dividir en una especie de categoría social exaltada a la gente que pasa su vida en laboratorios y bibliotecas, señala una de las excentricidades más absurdas de nuestros tiempos, esto es, las pretensiones de que los escritores, los hombres de ciencia, los profesores y los filólogos deben ser elevados a la categoría de superhombres[8].

Se puede hacer el reparo de que este relato de origen, en versión vulgar o en versión erudita, no habla más que de una historia particular y del comienzo de un tipo singular, el intelectual «comprometido» a la francesa. Conviene no pasar por alto esta objeción, que nos precave contra la universalización de una experiencia nacional que remite a un contexto que no es únicamente social, sino también político, así como a tradiciones ideológicas particulares. El recaudo, de todos modos, primero debería ser redimensionado. El caso Dreyfus no fue un hecho de repercusión puramente local, sobre todo desde el momento en que ingresó en la liza un escritor de fama mundial, como Zola. París se hallaba por entonces en el apogeo de su condición de metrópolis cultural de los países occidentales. Si gracias al vapor la riqueza podía desplazarse de un extremo a otro del mundo, gracias al telégrafo –el otro motor de aquella primera globalización capitalista–, las noticias relativas al *affaire* y al proceso que se instruyó al autor de *Naná* llegaban en pocos minutos a todas las capitales, no solo a las

---

7. Christophe Prochasson: *Paris 1900. Essai d'histoire culturelle*, Calmann-Lévy, París, 1999, p. 279.

8. Maurice Paléologue: *An Intimate Journal of the Dreyfus Case*, Criterion Books, Nueva York, 1957, p. 113.

européas. En Buenos Aires, por ejemplo, el diario *La Nación* del 20 de enero de 1898 destacaba que el caso Dreyfus constituía «el hecho de mayor actualidad que existe en el terreno internacional. Más que la guerra de Cuba y del reparto de China, se habla en todas partes de Zola y de sus acusadores»<sup>9</sup>].

Tarde o temprano, en suma, como observa Yvan Lamonde, el análisis de los intelectuales y su surgimiento debe enfrentar la cuestión del *affaire*<sup>10</sup>]. En Francia, la declaración de protesta contra el modo en que la justicia había obrado en el proceso que condenó a Dreyfus no fue la primera crítica contra los poderes públicos firmada por escritores y artistas<sup>11</sup>. Ya se habían producido otras. Pero solo la petición motivada por el *affaire* quedará asociada al nombre que daba identidad a ese nuevo actor colectivo, los intelectuales. Podría decirse que también entonces cristalizó el atributo «paradojal» de los manifiestos intelectuales. Preparados para su publicación en la prensa, advierte Stefan Collini, ellos transmiten una mezcla de cantidad y selectividad: «para su impacto público es crucial que no sean vistos como expresiones de uno o dos individuos –el número es parte de su esencia–, pero al mismo tiempo los nombres tienen que ser reconocidos y entrañar alguna forma de distinción»<sup>12</sup>].

---

9. Ver Daniel Lvovich: *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Javier Vergara, Buenos Aires, 2003, p. 66.

10. Y. Lamonde: «L'affaire Dreyfuss et les conditions d'émergence de l'intellectuel vues des Amériques» en Michel Trebitsch y Marie-Christine Granjon: *Pour une histoire comparée des intellectuels*, IHTP / CNRS / Complexe, Bruselas, 1998.

11. J.-F. Sirinelli: ob. cit., pp. 21-24.

12. S. Collini: *Absent Minds: Intellectuals in Britain*, Oxford University Press, Oxford, 2009, p. 264.

## Una propagación desigual

La adopción del sustantivo «intelectual» con el sentido que cobró en Francia y en otras lenguas, además del francés, siguió el eco del caso Dreyfus, aunque el vocablo ya estuviera disponible en ellas. En España, la aceptación fue muy temprana. «Una de las originalidades españolas», observa Paul Aubert, «radica en la precoz emergencia de una vocación de las elites intelectuales –una pequeña minoría dentro de una minoría ilustrada que se expresa en un país de cultura escrita poco desarrollada– por ejercer un papel dirigente y normativo»[13].

Según Eduard Inman Fox, los escritores de la llamada «Generación de 1898» no solo harían uso reiterado del término – Ramiro de Maeztu y Miguel de Unamuno, en particular– sino que se identificarían con la idea de la función cívica de las elites culturales, opuesta a la del estudioso o el escritor olímpicos, encerrados en su gabinete: «no solo debemos a los jóvenes de 1898 la penetración en la lengua castellana del término ‘intelectual’, sino también que fue la primera generación española que tenía una conciencia clara de su función rectora en la vanguardia política y social».[14]

Esta prédica preparó el terreno para la generación de escritores y profesores que, ingresada en la arena del debate público entre la primera y la segunda décadas del siglo XX, se denominará a sí misma como la «generación de los intelectuales». Bajo la jefatura de José Ortega y Gasset, la nueva

---

13. P. Aubert: «Commen fait-on l’histoire des intellectuels en Espagne» en Michel Leymarie y J.-F. Sirinelli: *L’histoire des intellectuels aujourd’hui*, Puf, París, 2003, p. 64.

14. E. Inman Fox: «El año de 1898 y el origen de los ‘intelectuales’» en VVAA: *La crisis de fin de siglo: ideología y literatura*, Ariel, Barcelona, 1975, p. 24.

promoción se asignará la misión docente de guiar la reforma cultural y política de España para hacer del país una nación europea moderna.[15]

También en la América hispana la recepción y el uso del vocablo «intelectual», como sustantivo y en la acepción que había cobrado en Francia, se produjeron muy rápidamente. En 1900, José Enrique Rodó le anuncia al escritor venezolano César Zumeta la próxima publicación de su ensayo *Ariel* con este comentario: «Es, como verá, una especie de manifiesto dirigido a la juventud de nuestra América (...). Me gustaría que esta obra mía fuera el punto de partida de una campaña de propaganda que siga desarrollándose entre los intelectuales de América»[16].

Cuatro años después, en un entusiasta artículo sobre Rodó y el sermón laico que encerraba su *Ariel*, el joven Pedro Henríquez Ureña escribe que el mensaje de este ensayo tiene como destinatario una «juventud *ideal*, la *élite* de los intelectuales».[17] El nuevo término se ajustó sin dificultades a una tradición ideológica preexistente, la del americanismo, que rendía culto a las minorías ilustradas y a su papel en la construcción de las nuevas naciones del subcontinente.

La inserción del concepto en el discurso hispanoamericano radical también fue muy temprana. Se lo encuentra, por ejemplo, en «El intelectual y el obrero», la conferencia que Manuel González Prada dictó el 1o de mayo de 1905 en la

---

15. Juan Marichal: «La ‘generación de los intelectuales’ y la política (1909-1914)» en VVAA: *La crisis de fin de siglo: ideología y literatura*, cit.; Vicente Cacho Viu: *Repensar el noventa y ocho*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997.

16. Martín S. Stabb: *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano*, Monte Ávila, Caracas, 1969, p. 61.

17. P. Henríquez Ureña: *Obra crítica*, FCE, México, 1960, p. 24.

Federación de Obreros Panaderos. El escritor peruano, un intelectual rentista de pensamiento anarquista, expuso en esa ocasión qué carácter debía revestir la alianza entre los hombres de pluma y los trabajadores que luchaban por emanciparse:

«Los intelectuales sirven de luz; pero no deben hacer de lazarillos...»[18].

Hasta la Primera Guerra Mundial el uso del sustantivo, tanto en singular como en plural, fue esporádico, discontinuo. Pero a partir de la posguerra se hizo cada vez menos intermitente, y ya en la segunda mitad de los años 30, cuando se generalicen los movimientos y las agrupaciones culturales antifascistas, el llamado a los intelectuales estará plenamente incorporado al lenguaje de los enfrentamientos cívicos. Más allá de España e Hispanoamérica, sociedades que desde el punto de vista de la cultura funcionaban hacia 1900 como provincias de la capital francesa, el término «intelectuales» no halló difusores tan acreditados en el medio literario. El trayecto fue más quebrado en Italia, que había logrado su unificación estatal en 1870, y a fines del siglo XIX la tarea de construir una cultura nacional y de «crear italianos», según el célebre dicho de Giuseppe Mazzini, seguía vigente. Para las elites políticas y culturales de la Italia liberal, el suyo era un país pobre y rezagado que, para escapar del atraso, debía aprender del ejemplo de las naciones europeas que iban adelante. Pero ¿qué experiencia seguir, adónde mirar? ¿A Francia, a Alemania o a Inglaterra? En los 50 años que siguieron a la unificación del país se tradujo mucho del francés, del inglés, del alemán, dice Marco Gervasoni, tanto «que sería posible escribir una historia de los intelectuales italianos

---

18. M. González Prada: *Textos. Una antología general*, SEP / UNAM, México, df, 1982, p. 193.

separando a los que habían tenido una formación francesa, de los de formación alemana y de aquellos (una minoría) que crecieron mirando culturalmente al mundo anglosajón». [19] En ese contexto, el sustantivo «intelectuales» no hallará al comienzo mucho eco, y la mayoría de los que podrían haberse identificado con esa denominación preferían reconocerse como *litterati*, «es decir, personas que disponen de una calificación social y profesional en relación con la cultura». [20]

La primera apropiación del término que alcanzó gran resonancia pública surgió del lado fascista. En efecto, el 21 de abril de 1925 se publicó en la prensa italiana el *Manifesto degli intellettuali fascisti agli intellettuali di tutte le Nazioni* [Manifiesto de los intelectuales fascistas a los intelectuales de todas las naciones]. La redacción del texto se debía a la pluma del filósofo Giovanni Gentile y estaba destinada a desmentir la idea de que fascismo y cultura eran hechos incompatibles. Buscaba alinear a los hombres de la cultura en torno del régimen, y muchos escritores, periodistas, universitarios y artistas prestaron adhesión a la declaración. Seis días después apareció la réplica, que había sido preparada por Benedetto Croce, por entonces la figura central de la cultura italiana. El rótulo que encabezaba el contramanifiesto rezaba: «Una respuesta de escritores, profesores y publicistas italianos al Manifiesto de los intelectuales fascistas», y tanto el título elegido para la réplica como la alusión contenida en el texto a «los así llamados intelectuales» dejaban ver la reserva de su autor respecto de ese sustantivo. [21] En la segunda posguerra, la

---

19. M. Gervasoni: *Antonio Gramsci e la Francia*, Unicopoli, Milán, 1998, p. 11.

20. Frédéric Attal: «Les intellectuels italiens» en M. Leymarie y J.-F. Sironelli: ob. cit., p. 18.

21. Angelo D'Orsi: «Il fascismo e la politica della cultura» en A. D'Orsi

publicación de los *Cuadernos de la cárcel* de Antonio Gramsci y la política cultural del Partido Comunista Italiano, que tenía como destinatarios y actores a los intelectuales, hicieron de este nombre un término corriente de la vida pública del país.

## La palabra y la cosa

En la cultura intelectual de algunos países europeos, el sustantivo «intelectual» inspiró reparos y aún en la actualidad alimenta ironías o es considerado como un neologismo importado de Francia, pero sin referentes significativos en la experiencia nacional. Este ha sido el caso de Gran Bretaña, donde se pondría en cuestión la existencia misma de personas que pudieran clasificarse con ese término. En su vocabulario *Palabras claves*, Raymond Williams [22]. registra los sentidos negativos que han rodeado al sustantivo «intelectual» en la cultura inglesa, donde evoca «frialidad, abstracción y, significativamente, ineficacia». El historiador de las ideas Stefan Collini [23] es más claro y terminante respecto de los rechazos que provoca la referencia a ese vocablo:

En la Gran Bretaña contemporánea, toda discusión relativa al tópico de los «intelectuales» resulta afectada tarde o temprano por el clisé de que la realidad del fenómeno, al igual que el origen del término, se halla localizado en la Europa

---

y Francesca Chiarotto: *Intellettuali. Preistoria, storia e destino di una categoria*, Nino Arago, Turín, 2010.

22. R. Williams: *Cultura y sociedad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2001, p. 189.
23. S. Collini: «Intellectuals in Britain and France in the Twentieth Century: Confusions, Contrasts and Convergence?» en Jeremy Jennings (ed.): *Intellectuals in Twentieth-Century France: Mandarines and Samurais*, MacMillan, Londres, 1993, p. 220.

continental, y que la sociedad británica, sea por razones de historia, de cultura o de psicología nacional, se caracteriza por la ausencia de «intelectuales». [24]

La solidez y la perdurabilidad de este prejuicio, observa Collini, obedecen a su fácil acoplamiento con las ideas e imágenes con que la cultura británica se interpreta (y se elogia) a sí misma –un conjunto de representaciones afirmadas en contraste con las naciones del continente europeo, en especial, Francia–. El clisé sobre la ausencia de intelectuales en Inglaterra se inserta así en una serie de oposiciones autocelebratorias: estabilidad y buen sentido político contra revolución y excitabilidad política, empirismo pragmático contra racionalismo abstracto, ironía y sobreentendido contra retórica y exageración, etc. «En la mitad caracterizada negativamente de esta serie de pares enfrentados, ya podemos divisar los componentes de lo que en el siglo XX se volvería la representación dominante de los intelectuales (europeos) en Gran Bretaña». [25] Obviamente, la sociedad británica no solo ha producido intelectuales, sino que ha sido influida por ellos más o menos como el resto de las sociedades modernas. En un ensayo notable y muy erudito, Thomas William Heyck [26] retoma la cuestión y somete a cuidadoso escrutinio el mito de la ausencia de intelectuales en Gran Bretaña. Pero antes, para hacer ver sin dilaciones «que no es objetivamente

---

24. Puede verse también Clarisse Berthezene: «Intellectuels anglais: un faux paradoxe» en M. Leymarie y J.-F. Sirinelli: ob. cit. En alemán, no solo el sustantivo *Intellektueller*, sino también el adjetivo *intellektuel* «fueron importados de Francia y generalizados en Alemania en el contexto del affaire Dreyfus». Hangerd Schulte: «Histoire des intellectuels en Allemagne» en M. Leymarie y J.-F. Sirinelli, ob. cit., p. 29.

25. S. Collini: ob. cit., p. 221.

26. T.W. Heyck: «Myths and Meanings of Intellectuals in Twentieth-Century British National Identity» en *The Journal of British Studies* vol. 37 N° 2, 4/1998, p. 193.

verdadero que la sociedad británica no ha tenido intelectuales influyentes», recuerda los nombres de Isaac Newton, John Locke, Adam Smith, Jeremy Bentham, William Wordsworth, Thomas Carlyle, Charles Dickens, John Stuart Mill, Charles Darwin, T.H. Green, Sidney y Beatrice Webb, R.H. Tawney, John Maynard Keynes, George Orwell, E.P. Thompson («y varios teóricos thatcheristas»). Ahora bien, ¿por qué resultó tan fuerte este lugar común intelectual, que se asentó contra toda evidencia a lo largo de gran parte del siglo XX y que puede encontrarse formulado y defendido por escritores de diversa orientación ideológica, desde G.K. Chesterton hasta George Orwell?

Para Heyck, hay tres causas anudadas en la firmeza de ese mito en la cultura británica. Por un lado, la permanencia de una fuerte tradición que no es solo intelectual, tradición cargada de galofobia que se remonta al siglo XVIII, cuando ingleses y franceses se enfrentaron en una serie de guerras. «Para el inglés, Francia representaba cosmopolitismo, artificialidad, sumisión a la moda, ingenio y falsedad intelectual; en contraste, el inglés/británico se pensaba a sí mismo como sincero, natural, 'viril', rudo, franco y moralmente serio». [27] Quien le dio su formulación más influyente a la representación antiintelectual del carácter nacional inglés fue Edmund Burke en sus *Reflexiones sobre la revolución en Francia*, donde contrapuso a ingleses y franceses en términos de hábitos mentales: «Mientras el francés rompió con sus tradiciones políticas a causa de su insensata confianza en la pura razón, el inglés reverenció la tradición como la guía más segura en política». [28] La otra causa es de orden sociológico:

---

27. *Ibíd.*, p. 196.

28. *Ibíd.*, p. 197.

Una de las explicaciones que se han dado frecuentemente para la falta de influencia de los intelectuales británicos es que han carecido de peso político y estuvieron en una posición marginal respecto de la sociedad. Sin embargo, hay evidencia clara de que, lejos de haber sido marginados, en la época moderna los intelectuales británicos han estado altamente integrados en la elite dirigente. Ellos han sido menos visibles *como clase* que algunos ejemplos continentales precisamente porque ha sido difícil distinguirlos del pequeño y exclusivo círculo de gente que dirigió el país –al principio, los órdenes tradicionales de propietarios terratenientes en el siglo XVIII y gran parte del XIX, luego, la nueva clase dirigente del siglo XX, compuesta por la plutocracia, los expertos y los profesionales. [29]

A través de los lazos del matrimonio, la concurrencia a los mismos colegios y la afiliación a los mismos clubes masculinos, los intelectuales ingleses del siglo XIX estuvieron conectados con los grupos dirigentes de la nación. No resultaría fácil, en consecuencia, percibirlos como un grupo socialmente diferenciado.

Una tercera razón cooperó en la perduración del mito, nos dice Heyck: la diversidad y la superposición de los significados que se engarzaron en el sustantivo «intelectual». Frente al prejuicio de que el término «intelectual» ha sido importado del continente, Heyck muestra que tanto la noción como la palabra estaban en circulación desde fines del siglo XIX y antes del caso Dreyfus. En realidad, al mismo tiempo que se propagaba el estereotipo de que los intelectuales carecían de gravitación en Gran Bretaña, los británicos no dejaban de hablar y de escribir sobre los intelectuales, aunque el término

---

29. *Ibíd.*, p. 201.

tendría diferentes significados en diferentes momentos y en diferentes «juegos de lenguaje».

En un comienzo, el vocablo definía una minoría cultivada que se ocupa de cuidar el patrimonio filosófico, literario y artístico de la nación. Heyck llama *estético/académica* a esta primera acepción. Casi contemporáneamente surgirá otra, la *tradicional/elitista*, en la que el término «intelectual» implicaba una jerarquía social: significaba persona inteligente y altamente educada, contrapuesta a personas vulgares o de intereses exclusivamente prácticos. «El significado *tradicional/elitista* de intelectual (...) tenía un dejo de esnobismo, y esto fue indudablemente una de las razones por las cuales a lo largo del siglo XX algunos intelectuales británicos se mostrarían reacios a aceptar esa etiqueta».<sup>[30]</sup> El tercer sentido que registra Heyck es el *normativo*, que se usa para referirse solo a quienes piensan de determinada forma —es decir, solo ellos se comportan como intelectuales— y que se asocia con el rigor, la profundidad o la abstracción. Su campo de ejercicio es la crítica cultural. En la acepción normativa, el supuesto es que la cultura es la alta cultura y el intelectual representa la contrafigura del filisteo, que persigue ciegamente sus intereses. De los discursos que llama funcionales, Heyck extrae otro significado: intelectuales son las personas que ejercen determinadas funciones en o para la sociedad. Si bien la definición de lo que son o deberían ser esas funciones varía de un autor a otro, por lo general, desde Samuel Thomas Coleridge en el siglo XIX a Beatrice Webb o Harold Laski en el siglo XX, lo que los británicos han entendido como papel propio de los intelectuales ha sido el del liderazgo cultural: de ellos se esperaba que, en una era secular, proporcionaran una dirección a la cultura. El quinto significado, el más

---

30. *Ibíd.*, p. 205.

polémico en la cultura británica, ha sido el *político*. Para los británicos, la jefatura espiritual que se reconocía a los intelectuales no implicaba que, por definición y en virtud de la reputación alcanzada en la ciencia, el arte o la literatura, ellos fueran también voces autorizadas en el campo político. Aunque la idea de un papel político del intelectual subyacía en la acción del socialismo fabiano, después en el laborismo y en otras agrupaciones de orientación reformadora, ninguna de estas modalidades estuvo ligada a la idea y la posición del hombre de cultura «alienado», es decir, a la actitud de quien se piensa ajeno a su sociedad, que critica en términos globales mientras llama a comprometerse en un combate radical contra ella.

Solo en los años 30, observa Heyck, cuando una parte de los intelectuales, sobre todo de los poetas, fue atraída por el comunismo, se verificaría este tipo de posición. Pero la Segunda Guerra y el sentimiento patriótico que ella produjo sensibilizaron a los británicos contra el sentido político del término «intelectual», sospechoso de deslealtad hacia la Nación; después, en los 50 y todavía en los 60, en el clima ideológico de la Guerra Fría, se reforzaría el recelo respecto de la idea de intelectual y se consolidaría el lugar común de que en Gran Bretaña los intelectuales contaban poco y nada. Para entonces, otra acepción se había hecho cada vez más frecuente, la acepción *sociológica*, que se quería ideológicamente neutra y por la cual los intelectuales eran identificados como un conjunto de categorías profesionales. Todos estos significados, concluye Heyck, no fueron impermeables entre sí y a menudo se superponían en el discurso sobre los intelectuales. En diferentes momentos, uno de ellos resultaba predominante, pero finalmente ninguno acabaría por consolidarse.

En su ensayo de historia comparada *Les intellectuels en Europe au XIX siècle* [Los intelectuales en Europa en el siglo XIX], Christophe Charle anota que el país europeo donde la noción de intelectuales en el sentido que tomó a raíz del caso Dreyfus tuvo aparentemente menos resonancia fue Alemania. En las informaciones que se darían sobre el *affaire*, el neologismo no sería retomado en alemán –«Se prefirieron palabras alemanas más antiguas como *Intelligenz*».[31] Más aún, resalta el historiador, el término «intelectual» cobró un sentido peyorativo en panfletos, artículos y ensayos. A su juicio, sin embargo, limitarse a las denominaciones y a los estereotipos de la derecha conservadora no lleva lejos y lo considera incompatible con la perspectiva de análisis que reivindica como apropiada, la perspectiva sociocultural que apunta más allá de los discursos. En efecto: ¿cómo atenerse solo a las palabras si se quiere captar estructuras sociales y simbólicas? La observación parece inobjetable, siempre que no acarree la subestimación de los cuadros mentales que encierran los estereotipos y los discursos públicos, sean conservadores o no, y lo que pueden enseñar sobre jerarquías –alto y bajo clero intelectual, «mandarines» y «escritorzuelos»– y sobre las relaciones entre cultura y política, entre intelectuales y elites de poder en un país y en un momento dados –en este caso, en la Alemania guillermina.

Por otra parte, la desconfianza y el cuestionamiento a los intelectuales no surgieron únicamente en el campo cultural de la derecha. En los años que precedieron a la Primera Guerra, el intelectual fue objeto del «doble ataque de la derecha y la izquierda, de modo que la palabra recibió desde sus orígenes una connotación negativa y, en cualquier caso, nunca se

---

31. C. Charle: *Les intellectuels en Europe au XIX siècle. Essai d'histoire comparée*, Seuil, París, 1996, p. 283.

convertirá en el concepto capaz de agrupar a una izquierda en defensa de los derechos del hombre». [32]

En el tiempo de la República de Weimar, el sustantivo no alcanzó a «normalizarse», y bajo el nazismo fue una forma de injuria y estigmatización. [33] Solo a partir de la última década del siglo XX la producción de estudios sobre la figura social del intelectual se volvió proliferante y la carga despectiva que pesaba sobre la palabra *Intellektueller* comenzó a diluirse para ser reemplazada por una acepción más neutra. [34]

### Algunas conclusiones

La primera conclusión podría ser que, si bien la resonancia que tuvo la acción de los intelectuales franceses en la crisis de 1898 fue muy amplia, los efectos de su irradiación no fueron los mismos en todas partes. Otro corolario importante es que los intelectuales no son considerados ni analizados de la misma manera en todas las sociedades, aun cuando todas ellas sean modernas. Conviene no olvidar, en este sentido, que la difusión del apelativo «intelectual» acotó la propagación de otro, que alcanzaría también un uso general: *intelligentsia*. El escritor ruso Pëtr Boborykin (1836-1921) fue el primero en emplear en la prensa esta expresión, y el gran novelista Iván Turgueniev, el primero en retomarla y difundirla, también en el exterior. [35] Según Isaiah Berlin, nadie evocó

---

32. H. Schulte: ob. cit., p. 30.

33. Ibíd., p. 35 y Gereon Wolters: «Intellettuali tedeschi tra le due guerre» en A. D'Orsi y F. Chiarotto: ob. cit.

34. Hans Manfred Bock: «Un monde intellectuel polycentrique et apolitique. Regards comparatistes sur les intellectuels allemands et les concepts mis en oeuvre pour écrire leur histoire» en M. Leymarie y J.-F. Sirinelli: ob. cit.

35. Zygmunt Bauman: «Intellettuali» en *Enciclopedia delle Scienze*

el mundo social de la *intelligentsia* como Turgueniev: «Sus novelas constituyen la mejor descripción del desarrollo político y social de la reducida pero influyente elite de la juventud liberal y radical rusa de su época... y de sus críticos».[36]

El referente de ese término era la activa aunque exigua minoría de literatos y pensadores que, provinieran de la nobleza, de la burguesía o de categorías sociales más modestas, tenían como condición común el haber recibido una formación intelectual universitaria, aunque no todos completaran sus estudios. La instrucción superior era un hecho saliente en el paisaje social ruso, donde quienes podían leer y escribir constituían una reducida franja de la población. Hostil tanto al régimen autocrático del zarismo como a las autoridades religiosas, la *intelligentsia* se concebía a sí misma como un segmento cultural con una misión redentora –sacar de su inercia a una sociedad atrasada y liberar las energías de un pueblo pobre y oprimido, aunque de esa masa sojuzgada la separaba la cultura que la identificaba como *intelligentsia*–. El término pasó al vocabulario de otros países de Europa occidental con los viajeros y exiliados rusos, ellos mismos representantes de esa minoría de disidentes cultivados.[37]

Fuera de Rusia, atenuó o directamente perdió algunas de las connotaciones que el sustantivo evocaba en su contexto originario, y actualmente se lo emplea con un significado más o

---

*Sociali*, Treccani.it. *L'Enciclopedia italiana*, 1996, disponible en [www.treccani.it/enciclopedia/intellettuali\\_%28Enciclopedia-delle-Scienze-Sociali%29/](http://www.treccani.it/enciclopedia/intellettuali_%28Enciclopedia-delle-Scienze-Sociali%29/).

36. I. Berlin: *Pensadores rusos*, FCE, México, DF, 1980, p. 483.

37 Aleksander Gella: «An Introduction to the Sociology of the Intelligentsia» en A. Gella (ed.): *The Intelligentsia and the Intellectuals: Theory, Method, and Case Study*, Sage, Londres, 1978; Martín Malia: «¿Qué es la intelligentsia rusa?» en Juan F. Marsal (ed.): *Los intelectuales políticos*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1971.

menos próximo al de intelectuales y a menudo ambos se usan como intercambiables. Ya en la célebre obra de Karl Mannheim *Ideología y utopía*, el término *intelligentsia* (*Intelligenz*), que había tomado de Alfred Weber, convivía y alternaba con el plural «intelectuales», es decir, con la función de un sustantivo colectivo.

Tercera conclusión de este recorrido: la visibilidad que la figura del intelectual ha conocido en Francia en los dos últimos siglos, sea para alabarla o para denigrarla, remite a una historia particular, aunque obviamente los intelectuales no son una especialidad francesa. Lo que debe precavernos contra el *inconsciente francés*, como lo llama Charle [38] en su investigación sobre los intelectuales, es decir, contra la adopción sin recaudos de las modalidades francesas de la política y de la actividad intelectual, dando por supuesta su universalidad. Hablando en términos más generales, digamos que en el análisis de los intelectuales deberíamos precavernos de una perspectiva determinada exclusivamente por la vida cultural o por la notoriedad de alguna de las grandes metrópolis.

■

---

38. C. Charle: ob. cit., p. 20.

## ¿DEBEN LOS INTELLECTUALES METERSE EN POLITICA?|\*|

*Humberto eco*



En un reciente encuentro organizado por el sindicato italiano CGIL con el fin de escuchar la opinión de algunos expertos sobre diferentes problemas de nuestro tiempo, realicé una serie de afirmaciones improvisadas sobre distintos temas. Fui al encuentro temiendo que, como suele suceder a menudo, una entidad política quisiese pedir a algunos intelectuales ideas so-

sobre la forma de hacer caminar a la nación. Pues bien, no hay nada que me irrite más -en el fondo, que me haga sonreír, cuando me lo piden a mí, que ver a los intelectuales utilizados como oráculos.

Naturalmente, señalé que hoy por hoy no se puede entender por intelectual a cualquiera que trabaje con la cabeza en vez de hacerlo con las manos. Trabaja con la cabeza también el que controla las reservas de un hotel y, en cambio, lo hace con las manos un escultor. Digamos, pues, que por intelectual se entiende el que desarrolla una función creativa, tanto

---

\* Fuente: [Bloghemia](#)

en el universo de las ciencias como en el de las artes, incluyendo al agricultor que inventa una nueva forma de rotación de cultivos. En definitiva, no es necesariamente un intelectual el que escribe de una forma correcta un buen manual de aritmética para colegiales, pero puede serlo el que escribe adoptando criterios pedagógicos inéditos y más eficaces.

Una vez precisado esto, hay que señalar que la Grecia de los tiempos clásicos nos ofrece tres modelos de intelectual.

La primera es la de Ulises que, al menos en la *Ilíada*, desarrolla funciones de intelectual orgánico según la vieja idea de los partidos de izquierda. Agamenón le pregunta cómo puede conquistar Troya y Ulises inventa la idea del caballo y -siendo como es un intelectual orgánico de su grupo no se preocupa del final que puedan tener los hijos de Príamo. Después, como tantos intelectuales orgánicos que entran en crisis y se transmutan en gurús o se ponen a trabajar para Mediaset (el grupo mediático de Berlusconi), Ulises se dedica a navegar y a sus propios asuntos.

La segunda figura es la de Platón, que no sólo tiene una idea propia de la función oracular del intelectual, sino que piensa que los filósofos pueden enseñar a gobernar. El experimento que pone en marcha junto al tirano de Siracusa no le sale bien, lo que quiere decir que hay que tener mucho cuidado con los filósofos que proponen modelos concretos de buen gobierno. Si viviésemos que vivir en la isla de la Utopía tal y como la concibió Tomás Moro o en uno de los falansterios que concibió Fourier, lo pasaríamos peor que un moscovita en los tiempos de Stalin.

La tercera figura es la de Aristóteles que, como es de sobra conocido, fue el preceptor de un hombre de gobierno como Alejandro. Por lo que sabemos, nunca le dio consejos precisos sobre lo que debía hacer en sus campañas y nunca le

dijo si tenía que cortar el nudo gordiano o casarse con Rosana. En cambio, le enseñó, en general, qué es la política, qué es la ética, cómo funciona una tragedia o cuántos estómagos tienen los rumiantes. Pero, aun suponiendo que Alejandro hubiese sacado provecho de estas enseñanzas, podría haber conseguido lo mismo sin que Aristóteles hubiese sido su preceptor. Bastaría con que uno de sus amigos le hubiese aconsejado que leyese bien los libros de Aristóteles.

Por lo tanto, sólo hay dos maneras en las que la política puede apoyarse en la contribución de los intelectuales. Si son auténticos intelectuales -es decir, creativos-, deben parir y expresar ideas interesantes y, por lo tanto, el político puede limitarse a leerlas. Pero puede suceder también que el político advierta que, sobre algunos asuntos, ni él ni los demás tienen las ideas claras -o no saben lo suficiente y, entonces, el buen político solicitará profundización y nuevas ideas sobre el tema a los intelectuales. Esto es todo. Lo demás, que el intelectual sea miembro de un partido o trabaje como periodista, no tiene nada que ver con su papel específico. Porque, en el fondo, el intelectual es un ciudadano como los demás que desea poner su competencia profesional al servicio de su grupo. Si fuese albañil, trabajaría gratis en sus horas libres para reparar las grietas de la sede del partido.

En un suelto publicado en el *Corriere della Sera*, Luciano Canfora me reprochó amablemente no haber citado a Sócrates. Tiene razón. Hay una cuarta función del intelectual de la que he hablado a menudo (aquel día no tenía tiempo suficiente). Sócrates desempeña su papel criticando a la ciudad en la que vive y, después, acepta ser condenado a muerte para enseñar a la gente a respetar las leyes. El intelectual en el que pienso tiene también ese deber: no debe hablar contra los enemigos de su grupo, sino contra su grupo. Debe ser la conciencia crítica de su grupo. Romper las convenciones. De

hecho, en los casos más radicales, cuando un grupo llega al poder por medio de una revolución, el intelectual incómodo es el primero en ser guillotinado o fusilado.

No creo que todos los intelectuales deseen llegar hasta este punto, pero deben aceptar la idea de que el grupo, al que en cierto sentido han decidido pertenecer, no les ame demasiado. Si les ama demasiado y les da palmaditas en la espalda, entonces es que son peores que los intelectuales orgánicos: son intelectuales del régimen. ■

# 3. EL PAPEL DE LOS INTELLECTUALES EN EL CAMBIO SOCIAL |\*|

*James Petras\*\**

Traducido por Marina Trillo

## Introducción

Hablar o escribir de “los intelectuales” hoy significa referirse a una gama de posiciones políticas desde la extrema derecha (neoliberales, neoconservadores), pasando por el centro derecha (social liberales), al centro izquierda (socialdemócratas), hasta la izquierda revolucionaria (Marxistas). Dentro y fuera de estas categorías políticas tenemos una gama de ecologistas políticos, feministas, homosexuales, e identidades raciales y étnicas. Además estos intelectuales políticos se localizan en diferentes escenarios institucionales, algunos son líderes de ONGs (organizaciones no gubernamentales), otros se encuentran en la Academia, mientras que otros se dedican a ser



---

\* Fuente: Rebelión.org (6 de Marzo 2005)

\*\* James Petras es un sociólogo estadounidense conocido por sus estudios sobre el imperialismo, la lucha de clases y los conflictos latinoamericanos. [Wikipedia \(ES\)](#)

“intelectuales públicos”, periodistas, profesores, asesores sindicales, líderes de partidos, teólogos y escritores independientes.

Para los propósitos de este trabajo quisiera centrarme sobre los intelectuales de centro izquierda (CI) e izquierda revolucionaria (IR), puesto que estos grupos son los que están más directamente identificados con el proceso de cambio social progresivo. Los intelectuales de CI se encuentran en la mayor parte de los escenarios institucionales, mientras que los intelectuales de IR se encuentran principalmente entre los “intelectuales públicos” y en las universidades.

La distinción entre intelectuales de CI e IR está lejos de quedar establecida en el tiempo. De hecho una de las principales características de los intelectuales de izquierda es la ‘fluidez’ o ‘movimiento’ entre identidades políticas. El mayor tráfico se da en el movimiento desde la IR al CI y más allá del centro derecha (social liberalismo) y neoliberalismo. Las identidades políticas pasadas resultan pobres para pronosticar las posiciones políticas presentes o futuras. Hay numerosos ex-guerrilleros por toda IberoAmérica que fueron revolucionarios durante los años 1960 y 1970 pero que ahora son ministros, senadores y miembros del Congreso neoliberales y defienden el ejército, el imperialismo, los negocios agrícolas y la contra-insurgencia. Hay pocas, raras, excepciones de intelectuales de CI que se desplacen hacia la izquierda revolucionaria especialmente después de los años 1990, sobre todo aquellos que tienen más de 50 años de edad.

Cualesquiera que sean los cambios políticos y sus adscripciones políticas, los intelectuales tienen un papel relativamente importante en la política, especialmente en Ibero América –bajo ciertas circunstancias-. Los intelectuales por lo general no influyen directamente sobre la política de masas, ni

dirigen u organizan las luchas de masas, a pesar de las reivindicaciones y pretensiones de algunos de ellos.

Los intelectuales son importantes para (1) influir sobre líderes y militantes de partidos, movimientos sociales y clases sociales politizadas; (2) legitimar y hacer propaganda a favor de un régimen, liderazgo o movimiento político; (3) proporcionar un diagnóstico de la economía, el estado, la política, y las políticas y estrategias imperialistas; (4) elaborar prescripciones y estrategias políticas y programas para regímenes, movimientos y líderes; y (5) organizar y tomar parte en la educación política de los activistas del partido o del movimiento.

En este trabajo me centraré en, y compararé críticamente, el papel de los intelectuales de CI e IR en proporcionar a los movimientos y partidos un diagnóstico y prescripciones políticas.

## **Métodos y Análisis**

Nuestro debate se centrará en el papel de los intelectuales de CI e IR en IberoAmérica durante los pasados 25 años. Nos fijaremos en dos líneas de investigación: (a) el papel de los intelectuales reformistas y revolucionarios con respecto a varios acontecimientos esenciales; y (b) un análisis crítico de los conceptos de principio elaborados por los intelectuales de CI e IR.

Hay cuatro acontecimientos fundamentales que debatiremos:

- (a) Las “transiciones” del gobierno militar a políticos civiles electos;
- (b) el surgimiento de los “nuevos movimientos sociales” de los años 1980 (movimientos de identidad) y los 1990 (movimientos de masas campesinas, parados e Indios);

- (c) el ascenso de regímenes de “centro izquierda” elegidos en el nuevo milenio; y
- (d) la expansión mundial del capital y la proliferación de guerras imperialistas.

Los conceptos, que fueron popularizados por los intelectuales de CI, serán contrastados con aquellos utilizados por los intelectuales de IR. Esto incluirá un debate de la “transición democrática” frente a la “transición a la política electoral autoritaria”; nuevos movimientos sociales “con base de identidad” frente a los movimientos sociales de clase; y “globalización” frente al imperialismo. En la última sección del documento evaluaremos el desempeño de los intelectuales de CI e IR en términos de sus diagnósticos sobre política, sus prescripciones políticas y las consecuencias para el cambio social.

### **Intelectuales Reformistas y Revolucionarios: Confrontando los Acontecimientos Clave**

Empecemos por observar que durante el período considerado (1980-2005) la gran mayoría de los intelectuales de izquierda estaban en el campo reformista; la izquierda revolucionaria era, y se quedó en, una minoría a lo largo de este período. No es el propósito de este trabajo analizar y explicar por qué sucedió así; sin embargo no sorprende dada la enorme preponderancia de académicos universitarios que ahora integran la mayor parte de la intelectualidad pública. Nuestro propósito es analizar la importancia y validez de las posiciones políticas adoptadas por estos dos grupos de intelectuales.

## Transición a la Democracia

Los intelectuales reformistas estuvieron profundamente inmersos en propagar la idea de que el cambio del gobierno militar a políticos electorales civiles representaba una “transición a la democracia”. Sostenían que la legalización de partidos, prensa, elecciones y libertades individuales eran condiciones suficientes para definir la “democracia”. La izquierda revolucionaria señaló la continuidad de la estructura de clases, el aparato del estado (ejército, magistratura, inteligencia y banco central), el modelo económico y el poder de toma de decisiones por parte de las instituciones financieras internacionales como determinantes primarios de las políticas macro-socio-económicas. Los reformistas aceptaron tácitamente el argumento de la IR de que esas estructuras autoritarias seguían en el mismo sitio e imponían limitaciones sobre el sistema político pero aducían que eran posibles “cambios de incremento” y que estos avances llevarían gradualmente a mayor justicia. Por el contrario, los intelectuales revolucionarios sostenían que el armazón político electoral estaba subordinado a las fuerzas institucionales del estado capitalista y la clase dirigente y era orgánicamente incapaz de transformar la sociedad o incluso de redistribuir la riqueza y aumentar el nivel de vida.

Un examen detallado de los 24 años de política electoral de Ibero América demuestra que todas las suposiciones planteadas por los intelectuales de centro izquierda a favor de la política electoral como instrumento para el cambio social han probado ser falsas. En un cuarto de siglo toda una serie de regímenes políticos de Ibero América ha fracasado en mejorar el nivel de vida, redistribuir la riqueza, promover el desarrollo nacional o resolver los problemas básicos de vivienda, distribución de la tierra, empleo y desnacionalización de la

economía. Al contrario, los regímenes electorales han ahondado y extendido las políticas regresivas que precedieron a su gobierno. La tierra y la propiedad han resultado estar más concentradas; la diferencia entre el 10% más rico y el 50% más pobre se ha ensanchado; amplios sectores de empresas públicas han sido privatizados y desnacionalizados; y cientos de miles de millones de dólares han sido extraídos de los trabajadores y transferidos a bancos extranjeros pagando la deuda exterior muchas veces.

En todos los aspectos y en todos los países el sistema electoral ha expresado su profundo carácter de clase –confirmando el análisis de la izquierda revolucionaria. Todos los “izquierdistas reformistas” que han formado parte de estos regímenes han acabado aplicando políticas regresivas y reprimiendo el descontento popular. Está claro que el diagnóstico y prescripción de la izquierda reformista –respecto a que había tenido lugar una transición democrática en la que la política electoral llevaría al cambio social, resultó equivocado y fallido. El análisis de la izquierda revolucionaria destacando la continuidad del poder burgués y las limitaciones capitalistas de la “la transición” mostró ser correcto y justificado.

## **Nuevos Movimientos Sociales**

A medida que más y más intelectuales de izquierdas se dieron cuenta de que el proceso electoral no llevaba al cambio social, muchos se volvieron hacia los “nuevos movimientos sociales”. Una vez más se produjo un debate sobre cuál era la composición social y los planes de estos movimientos sociales. Los ‘reformistas’ – algunos llamados “post-modernistas” – subrayaron las “identidades sociales” como opuestas a las definiciones de clase. Durante los años 1970 a 1980 los

intelectuales reformistas declararon que nuevos movimientos con base “de identidad” habían reemplazado a los movimientos de clase, señalando a movimientos ecologistas, étnicos, feministas y gay. Los intelectuales revolucionarios, aunque sin descartar a estos grupos de identidad, señalaron las luchas de masas de los movimientos de clase con base étnica y social como CONAIE de Ecuador, cocaleros de Bolivia, Zapatistas de México y movimientos rurales de clase en Brasil como el MST, como las fuerzas de liderato de los cambios sociales básicos. Los intelectuales reformistas podrían señalar cambios limitados que beneficiaron a sólo unos pocos grupos de “élite” pertenecientes a los movimientos “de identidad”. En contraste, los movimientos sociales de clase lograron gran éxito al dar cuenta de algunos cambios básicos, al derrocar regímenes neoliberales corruptos y bloquear la legislación regresiva y los edictos Presidenciales. El MST en Brasil basado en la lucha de clases, forzó la expropiación de millones de hectáreas de tierra y el asentamiento de 350.000 familias (más de 1,3 millones de personas) en granjas. CONAIE derrocó a dos presidentes neoliberales; los trabajadores parados y la clase media empobrecida de Argentina derrocaron al Presidente De La Rúa; los movimientos de trabajadores y campesinos de Bolivia derrocaron al Presidente Sánchez de Losada en defensa del petróleo.

## **La Política electoral y el Centro Izquierda**

El debate entre intelectuales reformistas y revolucionarios se acentuó respecto a la cuestión de la vía electoral como camino revolucionario hacia el poder político y el cambio social. La inmensa mayoría de los intelectuales reformistas y la mayoría de los intelectuales “revolucionarios” apoyaron a candidatos electorales del “centro-izquierda”, incluidos Toledo en

Perú, Gutiérrez en Ecuador, Lula Da Silva en Brasil, Vázquez en Uruguay y Kirchner en Argentina, como instrumentos de la reforma social. Una pequeña minoría de intelectuales revolucionarios rechazó a estos políticos, indicando que ni estos ni sus partidos estaban ya en la izquierda sino que se habían derechizado y adscrito al FMI, al neoliberalismo y al ALCA.

Los intelectuales reformistas influyeron sobre los líderes de los movimientos sociales y sus partidarios masivos para que apoyaran a los políticos del “centro izquierda”. La izquierda revolucionaria tuvo poca o ninguna influencia en el momento de las elecciones y en las repercusiones inmediatas. Los resultados ahora se saben bien: Lula, Gutiérrez, Toledo y el resto de los reciclados izquierdistas-convertidos-en-neoliberales ahondaron y extendieron las privatizaciones, promovieron los negocios agrícolas a costa de los pequeños granjeros y los trabajadores sin tierras, transfirieron cientos de miles de millones de dólares a bancos extranjeros, aprobaron legislación regresiva laboral y de pensiones y promovieron la explotación del Amazonas a costa de los pueblos indígenas.

La estrategia electoral de los intelectuales reformistas de apoyar al “centro-izquierda” tuvo consecuencias desastrosas para los movimientos sociales. En Ecuador, el sindicato de los trabajadores del petróleo fue reprimido, CONAIE perdió el apoyo de miembros desencantados mientras algunos líderes fueron cooptados por Gutiérrez. En Brasil, el MST se desorientó políticamente, sufrió represión y frecuente expulsión de ocupaciones de tierras mientras las expropiaciones de tierra se movían a paso de tortuga. En Uruguay, el régimen de Vázquez siguió las directivas del FMI, promovió la inversión extranjera de los mayores contaminadores (compañías de celulosa) e impuso a los sindicatos ‘restricciones’ generales de salarios, socavando el prestigio de líderes sindicales y

prominentes reformistas intelectuales de izquierdas, que lo apoyaron.

Después de meses de brutales políticas neoliberales, muchos de los intelectuales reformistas que apoyaron originalmente a los partidos gobernantes de “centro izquierda” se volvieron críticos de los regímenes criticando las “políticas erróneas” más que siguiendo la crítica sistemática recomendada por los intelectuales revolucionarios. Los intelectuales revolucionarios de izquierdas aumentaron su influencia entre sectores de los intelectuales reformistas desencantados quienes reconocieron la validez de su diagnóstico. Las prescripciones de acción política revolucionaria para el cambio social recomendadas por los intelectuales de IR comenzaron a resonar en algunos sectores de los movimientos de masas. Los líderes de algunos movimientos sociales aceptaron los métodos revolucionarios de lucha pero no necesariamente las metas revolucionarias.

## **Globalización o Imperialismo**

La cuarta área de debate entre los intelectuales reformistas y revolucionarios fue respecto a su diagnóstico sobre la naturaleza y fuerzas motrices del capitalismo mundial. Los reformistas hablaron de la globalización y la creación de un nuevo orden mundial dominado por las corporaciones multinacionales (CMN) que transcendía las fronteras nacionales y al que se oponían “multitudes” desclasadas que se reunían en “foros sociales” o se manifestaban frente a las reuniones internacionales de la élite.

Además, el análisis de clase de los intelectuales revolucionarios era un instrumento mucho más poderoso para la comprensión de la naturaleza de la resistencia efectiva al

imperialismo, que el concepto amorfo de las ‘multitudes’. Los movimientos de masas de parados en Irak formaron el elemento principal de la resistencia armada a la ocupación colonial estadounidense. Los campesinos, trabajadores y parados de Ibero América proporcionaron el liderazgo para derrotar a clientes imperiales e impedir la privatización de la electricidad (México), agua (Bolivia) y puertos (Uruguay). Son los ejércitos con base en gran parte campesina los que están resistiendo al imperialismo y al neoliberalismo en Colombia, Nepal y Filipinas. Una vez más los ideólogos reformistas de la globalización han fallado en proporcionar un diagnóstico adecuado y sus acciones políticas (Foros Sociales, eventos multitudinarios) han perdido eficacia, mientras que el punto focal de los intelectuales revolucionarios sobre el imperialismo y la resistencia nacional y de clases han ganado amplia aceptación en la medida en que se corresponden con las realidades.

## **Conclusión**

Los contrapuestos enfoques conceptuales y teóricos de los intelectuales reformistas y revolucionarios han sido un importante factor que ha influido en las luchas por el cambio social. Hemos demostrado que las apelaciones reformistas han sido inicialmente más influyentes sobre los líderes de movimientos sociales y masas que el análisis de la izquierda revolucionaria. Sin embargo con el tiempo hemos encontrado que el diagnóstico, descripciones, predicciones y prácticas de los intelectuales reformistas han llevado a desastrosas consecuencias socioeconómicas y políticas. Los resultados reforzaron a los nuevos regímenes “neoliberales” y sus alianzas con el imperialismo, y llevaron a la división y la desorientación de los movimientos sociales. Por el contrario, el diagnóstico y las

prescripciones para el cambio social de los intelectuales revolucionarios de izquierdas contaron inicialmente con escasa adhesión de líderes populares y tuvieron poco impacto sobre las masas. Sin embargo, con el tiempo, su influencia creció, a medida que tuvieron presencia en los movimientos sociales y raíces en los movimientos de masas y entre los intelectuales. El problema fundamental con el que se enfrentan los intelectuales revolucionarios es su aislamiento de la lucha de masas y su falta de acceso a los medios de comunicación para hacer circular sus ideas.

Vendrán cambios sociales consecuentes por medio de la vinculación entre los intelectuales revolucionarios y los movimientos de masas. Esto requiere luchas sobre reformas inmediatas por medio de métodos revolucionarios que conduzcan a una lucha por el poder estatal por parte de organizaciones de clase independientes. Sólo un régimen revolucionario puede garantizar que los cambios estructurales en las relaciones de propiedad, la estructura de clase y el estado, sean irrevocables y sostenidos. ■

## INTELECTUALES E IDEÓLOGOS (\*)

*Por: Marcos Roitman\*\**

Es frecuente encontrarnos con una definición laxa de intelectual. En ella se incluyen a quienes realizan una praxis teórica ligada a la producción de conocimiento. Intelectuales serían quienes ejercitan la acción de pensar.

La gran gama de disciplinas que abarca el conocimiento humano hace que la categoría incluya a todos los profesionales que viven del saber de su ciencia. Esta elasticidad del concepto termina por homologar intelectual con científico. La posesión de un método, el científico, constituye



---

\* Fuente: [Blog HERNAN MONTECINOS](#) → La Jornada de México.

\*\* Marcos Roitman es profesor titular de Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Entre sus libros destacan: *Tiempos de Oscuridad. Historia de los golpes de Estado en América latina* (Akal, 2013); *Democracia sin demócratas y otras invenciones* (Sequitur, 2008); en colaboración con P. González Casanova, *La formación de Conceptos en Ciencias y Humanidades* (Siglo XXI, México, 2006); *El pensamiento sistémico. Los orígenes del socialconformismo* (Siglo XXI, México, 2003); y *Las razones de la democracia en América latina* (Sequitur, 2003).

el argumento para avalar dicha afirmación.

Todo aquel que produzca un conocimiento enquistado en dicho método es susceptible de ser considerado intelectual.

Sería difícil quitar el apelativo de intelectual a Albert Einstein, Julio Cortázar o Pablo González Casanova. Pero no estoy seguro de que dicho adjetivo pueda ser aplicado a científicos que se prestaron a construir la bomba atómica o a los médicos nazis, Mengele si ir más lejos, que practicaron las teorías hitlerianas de la eugenesia en disminuidos síquicos y físicos al defender la solución final como parte de una pretendida superioridad de la raza aria.

Otro tanto puede decirse de quienes legitiman las acciones imperialistas de conquistas, invasiones, guerras preventivas o bombardeos selectivos. Este es el caso de Samuel Huntington, ex subsecretario para Evaluaciones de la Defensa de Estados Unidos, miembro asesor del departamento de Estado y de su Consejo de Seguridad Nacional. Su puesta de largo se produce durante la guerra de Vietnam, ideando el programa Aurbanización, que implicó el traslado forzoso de miles de campesinos vietnamitas, que se acompañó de bombardeos masivos con napalm y de B-52 a civiles en las zonas rurales. También deja huella como miembro de la comisión trilateral. En fin, todo un historial de muerte y conspiración. ¿Esta persona puede ser considerada un intelectual? Filósofos, médicos, ingenieros, juristas, sociólogos, historiadores, antropólogos, pedagogos comparten por el hecho de leer, escribir y teorizar este apelativo.

No es probable que un subcomandante, en este caso Marcos, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, sea considerado perteneciente a esta clase. Tampoco cabría pensar en Ernesto Che Guevara o Salvador Allende como parte de ellos, aunque se reivindique este apelativo para los susodichos. Pero al estudiante universitario se le considera un

intelectual en potencia. Igualmente literatos, ensayistas, poetas, artistas plásticos, dramaturgos, miembros del llamado mundo de la cultura, son considerados intelectuales. No hay distancia entre filósofos, pintores y matemáticos, el baremo para incluir a unos y excluir a otros es la creatividad y autonomía del razonamiento.

Su obra debe ser propositiva. Incluso hay quienes son excluidos, los periodistas por ejemplo. Su trabajo no es considerado parte del mundo intelectual, salvo si destacan en otra disciplina como el ensayo, la literatura y otras áreas del saber. Cantantes de rock, políticos, directores de cine, maestros de escuela, actores y tantos otros que trabajan en el orden de lo cultural no llegarán nunca a ser considerados intelectuales. Es esta dimensión del problema lo que hace dudar de lo acertado de esta definición. Incluye conspiradores, criminales y corruptos.

Antonio Gramsci habló de intelectuales orgánicos para explicar el compromiso político partidista con el quehacer revolucionario y contrarrevolucionario de los trabajadores del intelecto. De ser así, Henry Kissinger sería un intelectual del orden, un político, un teórico, al igual que Fernando Henrique Cardoso en el momento de ser investido presidente de Brasil.

La distancia entre ellos como intelectuales se diluye hasta hacer iguales a personajes tan disímiles. Esta situación la podemos extrapolar a un conjunto de casos donde prima el criterio del reconocimiento social a la calidad de la obra. No pocos se llevarían las manos a la cabeza si se considera intelectual a Corín Tellado o al mismísimo Stephen King, autor de obras de éxito comercial. Algo debe haber para que el sentido común aplique la diferencia y establezca distancia entre Ernest Hemingway o Claudio Coelho.

No menos que entre Einstein y Von Braun o Lenin, Trosky y Stalin. Es cierto que la condición de político, escritor, académico, científico con la de intelectual no se excluyen. El concepto de estadista para identificar la unidad entre saber intelectual y acción política hace posible que se piense en personajes excepcionales cuya acción estuvo precedida de una valoración ética.

Es el valor ético y la capacidad de juicio crítico frente al poder lo que marca la línea divisoria entre ideólogos destructores del conocimiento e intelectuales, sujetos comprometidos con la democracia y la libertad de realización propia de la condición humana.

En otras palabras, el homo sapiens sapiens, doblemente sabio, sabe que sabe y el saber obliga. No hay vuelta atrás. El intelectual es un militante del juicio crítico, no sólo ejerce la crítica. Se enfrenta al poder desde la concepción ética del mismo. Asume la responsabilidad de valorar sus acciones y desentraña las consecuencias cuando éstas vulneran la condición humana. Por ello se transforma en parte de la conciencia colectiva de su sociedad y de su tiempo. No puede claudicar ni renunciar a ejercer su función ética.

Wright Mills fue claro cuando señaló la tarea política del intelectual en tanto acepta los valores de la libertad, la dignidad, la justicia y la democracia: dedica su trabajo a cada uno de los tres tipos de hombres que existen en relación con el poder y la sabiduría.

A los que tienen el poder y lo saben, les imputa grados variables de responsabilidad por las consecuencias estructurales que descubre por su trabajo, que están decisivamente influenciadas por sus decisiones o por sus omisiones. A aquellos cuyas acciones tienen esas consecuencias, pero parecen no saberlo, atribuye todo lo que ha descubierto acerca de

aquellas consecuencias. Intenta educar y después, de nuevo, imputa una responsabilidad.

A quienes regularmente carecen de tal poder y cuyo conocimiento se limita a su ambiente cotidiano revela con su trabajo el sentido de las tendencias y decisiones estructurales en relación con dicho ambiente y los modos como las inquietudes personales están conectadas con problemas públicos; en el curso de esos esfuerzos dice lo que ha descubierto concerniente a las acciones de los más poderosos.

Estas son sus principales tareas educativas y son sus principales tareas públicas cuando habla a grandes auditorios. Por ello no llamemos intelectuales a ideólogos del sistema cuya función consiste en destruir el conocimiento mediante un saber instrumental destinado a justificar las acciones del poder. Estos son divulgadores de la razón de Estado, nunca intelectuales; les falta el compromiso ético y democrático que hace a la condición humana y la dignidad. Ni Giddens ni Castañeda, ni Paramio, ni Savater, entre otros muchos, son intelectuales; hace tiempo que dejaron de ejercer la capacidad de juicio crítico, por tanto se han transformado en ideólogos del sistema. ■

## 5. LA IZQUIERDA Y SUS INTELLECTUALES\*

*Heinz Dieterich\*\**

Transcripción Luis Juberías

El mismo tema requiere cierta aclaración, porque estamos hablando sobre la izquierda hoy y los intelectuales. Sin duda, es difícil definir y encontrar un concepto rápido sobre lo que es la izquierda. Hoy en día, tenemos el problema que muchos grupos y muchas personas se están definiendo de izquierdas y eso está generando muchos problemas.



---

\* Fuente: Conferencia celebrada en el Ateneu Barcelonès el 7/4/2004, organizada por Defensem Cuba - Avant

\*\* Heinz Dieterich Steffan (Rotemburgo del Wumme, Alemania, 1943) es un sociólogo y analista político alemán residente en México que también es profesor-investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana. Conocido por sus posiciones de izquierda, colabora con varias publicaciones y lleva publicados más de 30 libros sobre la conflictividad latinoamericana, la sociedad global y los sucesivos paradigmas científicos e ideológicos que cruzaron al siglo, entre otras muchas cuestiones no menos complejas. Es un gran impulsor del concepto de socialismo del siglo XXI.

## La Izquierda

Quisiera aclarar un poquito el concepto. Por izquierda se ha entendido históricamente la propuesta de un grupo frente a la civilización existente. En este sentido, en el parlamento de la revolución francesa, la izquierda fueron los jacobinos con su propuesta de *liberté, égalité, fraternité*, con la que va abarcaba una diferencia cualitativa con el estado existente, con el tipo de convivencia política y no democrática existente, y con la economía feudal, es decir, una propuesta civilizatoria definida por, identificada con el nombramiento de las instituciones básicas que sostienen una civilización.

Posteriormente cuando Carlitos Marx y Federico Engels ven que la propuesta no es para la mayorías, diseñan un nuevo proyecto de izquierda, que es el proyecto que después Lenin realizó: El del socialismo con los medios de producción en manos de la sociedad, o del estado; la dictadura del proletariado.

De tal manera que el concepto históricamente se ha utilizado con provecho cuando estaban claros los contenidos que representaba. En ambos casos era una propuesta antisistémica. El problema es cuando tratamos de entender la izquierda de hoy con esos conceptos, porque difícilmente vamos a encontrar que la gente que se nombra o se autonombra de izquierdas tenga una claridad sobre la civilización del futuro. Decir izquierda o centro izquierda, generalmente, se refiere a posiciones dogmáticas o a posiciones inmanentes al sistema. En la tradición histórica de entender por izquierda un nuevo proyecto histórico, en este caso de las mayorías, no está avalado por una nueva teoría económica, ni del estado, ni de la democracia, de tal manera que hoy día no hay izquierda realmente. Ni en América Latina, ni en Asia, ni en Europa, porque parece que no hay ningún grupo social, ni

grupo de intelectuales que tenga una propuesta científicamente defendible y consistente sobre la nueva economía postcapitalista, sobre el estado postcapitalista, sobre la democracia postcapitalista que necesitemos.

En ese sentido, el concepto ha perdido su capacidad analítica y, en lugar de contribuir a discernir la realidad, lo que es la función de todo concepto, ayuda a confundir. Es un concepto propagandístico, básicamente. Sucede lo mismo que con la categoría democracia.

## **Los Intelectuales**

El otro concepto también requiere de alguna dilucidación. La gente piensa que los intelectuales son gente muy inteligente y los intelectuales poco hacen para aclarar esa equivocación. Y esto, por supuesto, es una equivocación porque si alguien dice que es un intelectual no está diciendo que es inteligente, sino que gana su dinero básicamente con el trabajo con símbolos en lugar de trabajo manual. Esencialmente con símbolos, como letras, como dígitos... Porque no hay ningún trabajo que no requiera un insumo intelectual. De la misma manera que el electricista que trabaja con las manos necesita un acervo de conocimientos teóricos al igual que el ingeniero de software. Por eso a los intelectuales no hay que confundirlos con los inteligentes y tenerles un respeto a priori sino que, a mi juicio, hay que saludar el principio de la revolución francesa de que toda autoridad institucional, moral o intelectual, en este caso, tiene que ganarse sus loores demostrando que lo es. Entre los intelectuales hay mediocres, inteligentes, trabajadores, flojos, como en cualquier profesión... Como albañiles o electricistas que no trabajan bien.

En algún sentido todos somos intelectuales. Es útil recurrir a la epistemología científica, viendo un poco la base común de la interpretación de la realidad en los tres conceptos espacio, tiempo, movimiento, base de la interpretación científica de la realidad y base de lo que llamamos sentido común, o inclusive pensamiento mágico, que todos tenemos como dotación genética. Todos somos intelectuales, lo que nos diferencia es el grado de especialización y de educación formal para formar determinados tipos de interpretación de la realidad como la ciencia, el sentido común y, en segundo lugar, el impacto que tiene lo que dice cada intelectual. No es lo mismo que Saramago diga «Hasta aquí he llegado», hasta aquí he acompañado a la revolución cubana, o que lo diga Eduardo Galeano, a que un maestro de primaria en una provincia de México lo diga. En este sentido, podemos diferenciar diversos accesos y capacidad de repercusión de los intelectuales en el mundo, que es una cosa muy importante y en segundo lugar, tenemos que diferenciar también entre los niveles en que actúan los intelectuales. Un maestro de primaria es un intelectual, sus capacidades deben estar altamente en lo didáctico y lo pedagógico, porque no es la generación de conocimiento nuevo, de conocimiento objetivo lo que le identifica. A otro nivel, un profesor normal en una universidad repite conocimientos existentes, porque hay muy pocos profesores universitarios que son creativos, generalmente repiten libros de las vacas sagradas de EEUU o Europa pero, generalmente, no genera nuevos paradigmas, es decir, su capacidad de innovación teórica es más bien raquíctica en la mayoría de los casos. Y luego, por supuesto, están los grandes que hacen paradigmas, como Chomsky o Saramago, en literatura. En todos los campos del pensamiento humano los hay, y eso son los que dan la tónica, la direccionalidad de la discusión en la opinión pública.

## Gallinas y topos

Todo esto teníamos que tomar en cuenta para hablar sobre la izquierda y sus intelectuales. Quiero dejarlo aquí por razón de tiempo y empezar de una vez y entrar en el tema propiamente dicho de la izquierda y sus intelectuales.

Si hoy día George Orwell regresara y escribiera otra vez su sátira *Rebelión en la Granja* (Animal farm) sobre el régimen estalinista, utilizando como tópico de discusión la izquierda y los intelectuales, probablemente llegaría a un diagnóstico sorprendente, probablemente diría: «Bueno, si en mi sátira los animales dominantes eran los perros y los cerdos, hoy en día serían los topos y las gallinas, apoyados por los camaleones.»

Por eso obviaba decir que hay una extraña moda intelectual que se ha apoderado de la *intelligentsia* a nivel mundial que consiste en decir que, lastimosamente, estamos parados en el neoliberalismo, que no nos satisface porque es una barbarie con la que nadie con ética puede estar de acuerdo, y, por tanto estamos en contra de un capitalismo salvaje diferenciándolo, obviamente, de un capitalismo no salvaje. Esa moda dice tanto en contra del neoliberalismo, que quisiéramos transformarlo, ser revolucionarios, al menos de la pluma. Aquí un pequeño Voltaire, un pequeño Beethoven, si llegamos lejos un pequeño Marx, pero la realidad no nos lo permite, porque la realidad es tan compleja que no sabemos por dónde va el tiro, La ciencia no ha avanzado lo suficiente y la realidad no nos permite entender con claridad por dónde tenemos que tirar para llegar al nuevo socialismo o como dicen algunos a la democracia participativa postcapitalista. Pero ese deseo subjetivo de transformación que todo intelectual y persona de izquierdas que se precie tiene, ese deseo subjetivo de transformación no se empareja con el paradigma

postcapitalista porque la ciencia no nos dice todavía cuál es la solución. Esa es la moda que impera hoy en día en el mundo intelectual.

Voy a citar a un intelectual brasileño, Emir Saab, que lo dijo de la siguiente manera. Preguntado sobre la alternativa al neoliberalismo dijo:

«No lo tenemos claro, nosotros supimos resistir al neoliberalismo, pero no somos capaces hasta ahora de saber cómo se sale de este modelo, sabemos lo que no queremos».

Eso es en cierto sentido representativo sobre un cierto sector de los intelectuales. Hay una cierta inmodestia porque si hay alguien que ha sido capaz de resistir al neoliberalismo han sido los pueblos no los intelectuales, porque los intelectuales han marchado alegremente a la retaguardia de los enfrentamientos, y han sido los campesinos de América Latina, los trabajadores, los estudiantes, las mujeres, que se han enfrentado y apenas ahora la intelectualidad está despertando, se está subiendo al tren.

Entonces, esto es una pequeña falta de modestia, en tanto en cuanto dice no sabemos todavía como salimos de esta bronca, ese *pluralis majestatis*, cuando yo intelectual no sé por dónde andará el tiro, nadie sabe, no sabemos todavía.

Entonces, éste es el primer problema, que es una actitud frívola, porque me parece que hoy en día tenemos ya una respuesta a esa incógnita, sabemos cuáles son las instituciones vitales de la nueva sociedad, qué tipo de estado, qué tipo de democracia y sobre todo, el tema más complicado, el problema de la economía. Por un lado se nutre esa actitud de la economía política de los intelectuales. La mayoría de los intelectuales viven bastante bien, sobre todo en el primer mundo, y, por lo tanto, no tienen motivo en romper con el sistema capitalista y en proponer una cosa diferente, diferente

de Keynes, Stiglitz o la tasa de Tobin, porque mientras estés dentro del keynesianismo en sus distintas variantes el sistema no te va a agredir seriamente. El sistema te va a empezar a combatir seriamente en lo económico, matando tu imagen como intelectual y en el Tercer Mundo, matándote físicamente si es necesario; te van a empezar a combatir seriamente cuando tú empiezas a combatirlos seriamente y combatirlos seriamente significa proponer un Nuevo Proyecto Histórico a las mayorías.

Esto es importante simplemente porque yo no puedo levantar esta pluma si no hago una interpretación espacio, tiempo, movimiento sobre el objeto. Tengo que extender el brazo en el espacio, con cierto tiempo, cierto movimiento y si me equivoco no lo voy a levantar. Y si esto es cierto para este relativamente sencillo acto de elevar este pequeño objeto, mucho más necesaria será la interpretación adecuada espacio, tiempo, movimiento para la transformación de una sociedad.

Nosotros hacemos todo el día esto, cuando salen de aquí se acerca un coche y ustedes hacen un cálculo extraordinariamente complicado espacio, tiempo, movimiento: cuál es el espacio que tienen que cruzar en la calle, cuál es la distancia del coche, cuál es la velocidad del coche, cuál es la velocidad de ustedes.. y todo ese el cálculo que el 99% de nosotros no puede hacer en términos físicos y matemáticos, lo hacemos en tan solo un instante, subconscientemente. Y ése es el maravilloso sistema de realidad virtual que es el cerebro, que analiza la información del exterior y el interior del sistema y optimiza las estrategias de sobrevivencia, por tanto lo mismo sucede en avances y en la estrategia de cambio de la sociedad.

A finales del S XVIII surge una propuesta de ese tipo, un proyecto histórico, el de los jacobinos y posteriormente aparece

el segundo proyecto histórico, el de las mayorías que es el de Marx y Engels. Ambos proyectos caen básicamente, en los años 80, porque nadie ha podido pensar que el capitalismo algún día va a poder crear un mundo más democrático, más justo, con calidad de vida para todos, pero tampoco nadie puede creer, a mi juicio, que el regreso a la participación del socialismo históricamente existente va a lograr un movimiento de masas y sin el movimiento de masas, por supuesto, nada se puede mover en una sociedad de clases.

Cuándo en los años 80 se cae el socialismo realmente existente, descubre grandes partes del planeta: Asia Central, Oriente Medio, Rusia, Siberia, con enormes recursos y aparece un vacío en el sistema bipolar mundial ¿Quién llena ese vacío? Ese vacío es llenado por el único sujeto que tiene la logística, el poder financiero y el poder político para reestructurar este mundo: Las empresas transnacionales, verdaderos arquitectos del mundo actual. Reestructuran esas zonas llegando a hacer uso de la fuerza militar, como estamos viendo hoy día. Entonces, el gran capital recupera la visión de su misión histórica al caerse la Unión Soviética, la alternativa antisistémica, y no sucede lo mismo con el pueblo, las mayorías, y sobre todo las mayorías en el Tercer Mundo. Es obvio que es mucho más complicado.

Por lo tanto, estamos en una situación de unilateralidad. Si quisiéramos hablar en términos militares tendríamos un ejército profesional organizado de un lado, el proyecto del capital organizado, y de otro lado, una masa de sujetos, pueblos, individuos, grupos, minorías que se enfrentan en torno a la construcción del mundo; y, por supuesto, un ejército profesional siempre va a acabar con una masa desorganizada sin una doctrina que le dé cohesión, ni armamento de boicot práctico. Esa situación de interregno al caer el Proyecto Histórico del Socialismo, tarda unos diez años. Y en el año 2001, con los

atentados de Nueva York, termina. El llamado proyecto histórico de la gran burguesía, sobre todo en su fracción más favorecida, Bush, Blair, Aznar, Berlusconi, Sharon, siente que es momento de dar el golpe definitivo y establecer el Tercer Orden mundial de la gran burguesía en este siglo. El problema es que por el lado opuesto no se regenera el proyecto histórico de las mayorías. Sólo quedan las cuestiones socialdemócratas que sólo funcionan en el polo explotador del sistema, en el primer mundo.

No hay una nueva respuesta que logre movilizar al 80% de la Humanidad contra el sistema capitalista y, por eso, es de extrema importancia la participación o la actitud que asuman los intelectuales frente a ese problema y, por lo tanto es bastante vergonzoso que un gran intelectual o, digamos, un intelectual mediano diga «hemos parado el neoliberalismo», confundiendo un poco los sujetos populares con los de la torre de marfil y no sabemos por dónde vamos a acabar con el monstruo, porque esa es una actitud de coqueteo con el agnosticismo, una docta ignorancia, como se decía en la Edad Media. Una ignorancia que no quiere saber realmente porque las consecuencias de romper ese acuerdo tácito con el *status quo* son bastante serias.

Les voy a citar una frase de Petras que refleja ese dilema. Dijo recientemente, cito, «La izquierda ganaría más si emprendiera un análisis de las complejas y contradictorias realidades de las luchas nacionales y de clase, en vez de enzarzarse en grandiosas profecías globales de largo plazo desvinculadas de los movimientos populares».

Si aceptamos esta determinación de Petras nos metemos en un serio problema, porque nos condenaría a navegar ente la Escilla del empirismo precientífico del S. XVII y la Caribdis del postmodernismo frívolo. La proposición de Petras no tiene

mérito por dos razones, en primer lugar nosotros sabemos que la sociedad es lo que se llama en física un sistema dinámico complejo y sabemos también que la generalización de inferencias particulares, que es básicamente el método que utiliza Newton, no es capaz de entender la lógica y su evolución previsible; por eso, la idea de que tú puedes sacar, como insinúa Petras, como de esas muñecas rusas, esas matruskas, desde abajo una pequeña muñeca y después hacer una más grande y sucesivamente hasta que finalmente tienes un proyecto mundial de liberación anticapitalista, esto es una idea que es a priori inviable. Yo creo que aquí tenemos un ejemplo de la falta de formación epistemológica y metodológica de esos intelectuales, que por otra parte, tienen una gran audiencia. El segundo problema de la afirmación de Petras es que no debemos caer en grandiosas profecías, la alternativa que tenemos hoy día no es la alternativa entre empirismo precientífico y ante los argumentos del postmodernismo burgués frívolo sobre las grandes narrativas o los metarrelatos. Ese es una confusión entre la interacción entre el dato empírico y la capacidad de formación de paradigmas de teoría. Einstein no recababa datos para desarrollar su teoría, Newton no se pasaba la vida pegado al telescopio para hacer su teoría, no, los datos básicamente estaban. El arte está precisamente en reconfigurar los datos empíricos, las observaciones en una configuración mental capaz de entender la realidad. Este problema epistemológico del lugar del dato empírico y la teoría, del sujeto y de la realidad objetiva, se resuelve en los siglos XVI-XVII, Galileo lo resolvió en una carta a Kepler. Al formular esa alternativa entre dato empírico, trabajo de tipo topo, y la especulación ecléptica de los burgueses del postmodernismo, tiene un atraso intelectual de tres siglos.

La segunda posición es la posición de los topos, me refiero a los intelectuales que lo son en su interpretación por falta de

conocimiento científico. Tenemos un gran problema en las universidades, en muchos casos lo que se hace en las Ciencias Sociales, Sociología, Ciencias Políticas y por supuesto en Economía no tiene mucho que ver con las ciencias, ni hablar de las Humanidades, Filosofía, Literatura, etc. Pero, probablemente muchos de los líderes de los movimientos sociales o son abogados, o han estudiado Literatura o son economistas. Es decir, toda la clase de gente que no ha pasado por el rigor del método científico. En nuestras universidades, tenemos una dicotomía en términos de epistemología, lo que en ciencias naturales se llama el protocolo de investigación, que se hace en los cinco casos del método científico, en las ciencias sociales y humanidades se sustituye, básicamente, por una cultura ensayística. Cuando usted se fija en las tesis que se entregan, generalmente hay un problema, antecedente del problema, desarrollo del problema, conclusión. Esta estructura del trabajo intelectual evita el problema de la hipótesis y el problema del rigor conceptual, y la vía gris de la ciencia está en la hipótesis y en su contrastación.

Entonces este tipo de trabajo en las Ciencias Sociales y en las Humanidades da lugar a un pensamiento impreciso, a un pensamiento especulativo.

Por supuesto, en la Edad Media, había una agenda de crédito para especular como a uno le diera la gana, siempre que estuviera dentro de pensamientos aristotélicos cristianos, no se necesitaba comprobar empíricamente los enunciados, el protocolo no tenía que ser transparente e intersubjetivo para poder ser repetido en cualquier parte del planeta. Es decir, toda una serie de requisitos, que hoy día no aceptaríamos como estándares mínimos del trabajo intelectual. Por lo tanto, uno de los problemas, además del aspecto de la economía política, de los liderazgos de los partidos políticos, de las cúpulas

sindicales, de las organizaciones sociales, movimientos, etc.. es la falta de preparación científica.

Entonces, tenemos, por una parte, las gallinas que por intereses político-económicos no se enfrentan al sistema y esconden esa posición bajo un supuesto agnosticismo, objetivamente insuperable. La otra posición es la falta de formación científica. Estas son, a mi juicio, las dos grandes raíces de las cuales se nutre la falta de participación de los intelectuales y de los líderes sindicales, movimientos sociales, partidistas, etc. en la construcción de una nueva teoría al servicio de las mayorías.

### **Exégetas de los clásicos**

Hay una tercera posición, por supuesto. El otro día recibí un correo electrónico diciendo: no estoy de acuerdo en el Nuevo Proyecto Histórico que ustedes están proponiendo, la democracia participativa, porque antes de escribir esto hay que estudiar todas las obras de Marx, todas las obras de Engels, de Lenin... Si tú te pones a estudiar todas las obras de Carlitos Marx, que son como 60 tomos u 80, y Lenin, que tiene otro tanto, a lo cual tienes que agregar para ser plural a Rosa Luxemburgo, a Trotsky, etc., entonces quiere decir que cuando hayas terminado no has corrido ningún riesgo, no has tirado ni una piedra a la policía. Entonces, ¿qué has hecho en tu vida? No has hecho política. Estabas buscando la piedra de la verdad en libros de hace 200 años.

Yo soy un gran admirador de Carlitos Marx, de Lenin, pero hay que pensar una cosa: No puedes encontrar la solución a la sociedad global en lo que se hizo hace 200 años. Esa gente dice, por una parte, «vamos a buscar la respuesta en la sociedad del S XVIII cuando la gente se movía en mula o en

carreta» mientras van en avión que vuela a 1000 km por hora. Imagínense a Carlitos Marx que tenía que copiar afanosamente en la biblioteca del Museo Británico en Londres cuando hoy podemos tener acceso al conocimiento con una computadora desde cualquier punto del mundo.

Hay un problema de conocimiento en esos compañeros, la solución no es regresar a Marx y no hacer nueva teoría. No, eso sería como en física decir vamos a dejar a Einstein y regresar a Newton. La solución es la síntesis de ambos, esa es la clave. Marx no puede existir si no existe Hegel, y Hegel está parado sobre los hombros de Kant, y Kant no puede existir sin las discusiones anteriores, entonces no es que haya que elegir entre uno y otro sino que, cada paradigma científico se refiere a diferentes aspectos de la realidad. La física de Newton sigue siendo válida para movimientos con cierta masa y cierta velocidad, la física de Einstein es válida para movimientos cercanos a la velocidad de la luz a nivel atómico, y por tanto hoy día analizar sólo con las categorías de Marx lo que existe es irreal. El propio Marx sería el primero que se molestaría con esto, porque Marx diría: «¡Ustedes no han entendido que la nueva teoría sólo puede salir en la posición de vanguardia!»

Porque, ¿de qué vanguardia salió el marxismo? De la Economía Política inglesa, del pensamiento político racionalista francés, el más avanzado y revolucionario, y del método más avanzado en aquella época que era la dialéctica que, en el fondo, es el método de la verdad relacional, de la verdad de la física cuántica, que intuían que era más adecuada que la física de Newton para la sociedad. Carlitos Marx diría: «¡Qué ilusos son ustedes! ¿Cómo quieren hacer una teoría de transformación social del capitalismo del S. XXI si no saben de la física cuántica, de la biología avanzada, de la matemática avanzada?». Solamente desde las posiciones de vanguardia

del arte, de la experiencia de las masas, de la ciencia vamos a poder hacer la nueva teoría.

## **Los intelectuales en la transformación social**

Para terminar, creo que no debemos tolerar más esa posición frívola. Esa actitud agnóstica de que es imposible entender cuáles son las alternativas para una revolución humana. La ciencia nos da la respuesta en todo lo que sea accesible al conocimiento científico. Como se trata de un sistema objetivo, como la naturaleza y como entendemos, más o menos, las leyes de su evolución, la detección de esa nueva institucionalidad postcapitalista es una tarea de la ciencia, pero no una tarea en el escritorio, aislada, de intelectual privilegiado. La tarea de avanzar en el conocimiento objetivo es para discutir con los movimientos sociales, porque como decía Gramsci, el intelectual entiende pero no siente, y el pueblo siente pero no entiende. La revolución se hace, la transformación profunda para quien se asuste con revolución, cuando el conocimiento del científico y de la científica se une con el sentir del pueblo.

Recuerdo el otro día, discutiendo con un amigo presidente latinoamericano sobre la obediencia al FMI y entonces Lula me dijo: «Tengo que pagar la próxima cuota del FMI porque si no voy a tener serios problemas con el riesgo país, la fuga de capitales, etc.» Y yo le dije: «Mira Lula, tienes que entender que, al fin y al cabo, quien va a decidir tu futuro es el pueblo, porque tú puedes tratar de estar a bien con el FMI, pero cuando el pueblo se te levante te vas a tener que ir.»

Entonces es la función de dos elementos:

1. El conocimiento real de las vías de evolución que tenemos

2. La capacidad de hacerlo entender a las mayorías y retroalimentarse con la sabiduría y las experiencias de las gentes que no pasaron por la universidad y los artistas, la que nos va a dar el Nuevo Proyecto Histórico, que va a tener muchos sujetos, que va a a querer desarrollar las tres dimensiones del ser humano: el conocimiento objetivo o ciencia, la ética y la dimensión estética.

## **Factores objetivos y subjetivos de la actitud de los intelectuales**

Para cerrar, los intelectuales en este tiempo son herederos de una historia de agresión. En América Latina hubo una matanza tremenda. Algunos fueron al exilio, otros siguieron, otros cambiaron. Luego vino la compra masiva, en Venezuela y en México con la renta petrolera. En el Primer Mundo la castración de los intelectuales fue con medidas menos drásticas, pero el resultado es obvio. Las facultades de ciencias sociales son desiertos tanto en el Primer como en el Tercer Mundo. Si desarmas la teología de la economía burguesa, no ganas nada, no se ganan becas, no se ganan premios, no se ganan invitaciones de fundaciones, no se gana nada. Tenemos, por una parte, el establishment intelectual, con las vacas sagradas que organizan los grandes eventos que evitan la innovación teórica, y tenemos de otro lado a intelectuales como Marcos que están en el monte. Yo creo que un intelectual que es ético, hoy día, tiene que tomar partido.

En el mundo de la ciudad, porque no sólo es una cuestión de conciencia, el sistema te penetra como el agua, pues es el medio en que actúas. Me invitaron a un instituto de investigación en Hamburgo, una ciudad bonita, con cantidad de millonarios, y el centro estaba en la zona más rica de Hamburgo.

Estando tres meses allá , me empecé a dar cuenta de cómo el cáncer me estaba invadiendo la seguridad, el buen nivel de vida de este Primer Mundo. Jamás en este ambiente vas a poder entender la situación del campesino de Bolivia o el trabajador en Honduras. Luego, no todo es subjetivo, no es que todos sean una pandilla de vendidos, sino que el ambiente en que uno se mueve le determina en gran medida. Podemos usar al viejo Mao Tse Tung: «El guerrillero tiene que nadar en el pueblo como el pez en el agua». Lo mismo vale para los intelectuales.

## EL OCASO DE LOS INTELLECTUALES Y EL EXTRAVÍO DE LA RAZÓN\*

*Por: Isaac Enríquez Pérez\*\**

QUIZÁS una de las ausencias más palpables en la vida pública sea la de los intelectuales. Eclipsados por la comentocracia y sus corifeos bufonescos, dejaron de plantearse las preguntas en torno a los problemas fundamentales de la humanidad, así como los argumentos de peso revestidos de un aura de filósofos y estadistas. La comentocracia les suplantó aupados en el poder y en el alcance de los mass media y las redes sociodigitales; e hicieron de la trivialización de la palabra y de la praxis política –en tanto espectáculo y parodia– el argumento central de su teatralidad mediática.



---

\* Fuente: Rebelión.

\*\* Isaac Enríquez Pérez, Académico en la Universidad Autónoma de Zacatecas, escritor y autor del libro *La gran reclusión y los vericuetos sociohistóricos del coronavirus. Miedo, dispositivos de poder, tergiversación semántica y escenarios prospectivos*.

Provenientes de la ciencia, la literatura, la filosofía o el cultivo del pensamiento, los intelectuales clásicos (recordemos a Raymond Aron, Pierre Teilhard de Chardin, José Ortega y Gasset, Jean Paul Sartre, Albert Camus, George Orwell, Michel Foucault, Gore Vidal, Frantz Fanon, Carl Sagan, Umberto Eco, Norberto Bobbio, Giovanni Sartori, Edgar Morin, Octavio Paz, Juan María Alponete, Noam Chomsky, entre muchos otros) gozaban de amplios círculos de lectores y audiencias. Dispuestos a ejercer un uso público de la razón, por lo regular gozaban de un sofisticado juicio político y no pocos se identificaban con causas sociales en pro de la justicia y en contra de la opresión. Aunque los hubo –a lo largo del siglo XX– que se identificaron con los fascismos y el nazismo, como fue el caso de Martin Heidegger. De tal forma que la calidad académica e intelectual no es sinónimo, en automático, de coherencia y sagacidad en el juicio político/histórico.

Al ejercicio del pensamiento crítico, estos intelectuales clásicos aunaban la pretensión de mover y refrescar la conciencia y provocar a sus lectores y audiencias, abriendo con ello nuevas perspectivas sobre los problemas públicos y evidenciando las contradicciones y sentido de los mismos. Posicionados más allá de falsas dicotomías o dilemas, su mensaje o argumentos abrevan de ciertas dosis de paciencia y sabiduría; aunque también algunos, a lo largo del siglo XX, reincidieron en exageraciones e, incluso, en arrogancias y jactancias.

Su proclividad a la vanguardia hizo de este intelectual clásico un perspicaz agente que incentivaba el cambio social y despertaba respeto a sus ideas; aunque también existieron aquellos que reivindicaron el statu quo –el caso más emblemático en el mundo de habla hispana sería Mario Vargas Llosa– y se mostraron partidarios o seguidores de alguna corriente ideológica. En esa lógica de las vanguardias fueron capaces

de identificar los problemas trascendentales de la humanidad, abrir y difundir argumentos estructurados y orientados a detonar debates públicos, no pocas veces dotados de análisis histórico y de una perspectiva estratégica que pretendía incidir en el curso de los acontecimientos y en la formación de la opinión pública y de la cultura política.

Sin embargo, el ocaso de los intelectuales se presentó a la par del marchitamiento de la cultura ciudadana y de la des-ciudadanización de la política. Una especie de anestesia-miento e individualismo a ultranza se cierne sobre la racionalidad de las sociedades contemporáneas, y ese adormecimiento inhibe la posibilidad de ejercer el pensamiento crítico. Ese entorno social, que lo mismo incluye a sujetos, organizaciones como los sindicatos, gremios y universidades, los movimientos sociales y las comunidades de base, constriñe toda posibilidad de razonamiento y de despliegue de procesos cognitivos de largo aliento. En buena medida, ello explica la muerte de la clase intelectual y la entronización de la racionalidad tecnocrática, que privilegia el despliegue de supuestos expertos o especialistas en los mass media y en las redes sociodigitales.

La dimensión filosófico/histórico/ética que manejaba la clase intelectual fue suplantada por una voz que comenta el acontecer coyuntural pero que no penetra en las raíces profundas de las problemáticas sociales. El comentócrata es un avezado especialista que, si bien puede ofrecer un discurso cuasi técnico —y no pocas veces circular—, no provoca una agitación radical de las conciencias ni forma ciudadanía. Recurre más a un discurso descriptivo y superficial que apela más a las emociones de los sujetos que al pensamiento y la razón, contribuyendo con ello a hacer del espacio público un espectáculo y una arena para el despliegue de la polarización. Este especialista no hace más que acompañar las noticias del día,

tras realizar cierto encuadre, pero su análisis no suele escapar de lo coyuntural, ni ofrecer siquiera una perspectiva de conjunto de la realidad. Entonces la especialización se impone a la mirada omni abarcadora del intelectual y se socava toda posibilidad de análisis amplio y reposado. Con ello tiende a ascender la mercantilización de las ideas y de la palabra, en tanto que los intereses creados definen lo que se comenta o difunde o no en los mass media a partir de ciertas agendas de temáticas mediadas por esos intereses y por la forma particular en que esos comentócratas y think tanks observan y conciben los problemas públicos.

Se comenta sobre la personalidad de Donald Trump, el conflicto ruso/ucraniano, la caída de las Torres Gemelas, la pandemia del Covid-19, etc., pero no se analizan las causas profundas y el sentido histórico de esos acontecimientos, sino que se aborda cierta apariencia de los mismos y se establece desde esos poderes fácticos que controlan los mass media y las redes sociodigitales lo que es verdad o lo que no lo es. En estos discursos de los especialistas se entrecruzan también los rasgos de la era de la post-verdad con una narrativa hegemónica que encauza unos temas y no otros, que apela a los sentimientos del homo videns o del homo digitalis y no a sus procesos cognitivos y a las perspectivas de larga duración. Entre esos expertos comentaristas destacan Yuval Noah Harari, Niall Ferguson, Paul Krugman, Moisés Naím, Michel Houellebecq, Samuel P. Huntington, Francis Fukuyama, Fernando Savater, Enrique Krauze, Héctor Aguilar Camín, Jorge G. Castañeda, entre otros. Varios de ellos más cercanos al histrionismo, la política-ficción, el maniqueísmo y la descalificación respecto a aquello que les inspira fobia o ira. Es de destacar que sus planteamientos no soportan el fuego de la contrastación histórico/empírica a que llama la deliberación pública regida por el pluralismo.

En el extremo, algunos representantes de la comentocracia rayan en lugares comunes y en actitudes de bufones que lapidan a aquel que piensa diferente. Se erigen en todólogos que suponen contar con el elixir ante los problemas públicos sin siquiera lograr diagnósticos certeros y dotados de rigor metodológico. Más preocupados por el teléfono móvil y los trending topics del Twitter, su obscenidad llega a los set de televisión, comentando casi de todo sin pudor y sin temor a equivocarse. Fungen más como voceros de algún partido político o de los intereses corporativos y financieros del gran capital. Con la pandemia del Covid-19 lo mismo opinaban –sin respeto ni rigor alguno– de sus orígenes, que de epidemiología, vacunas, omisiones de los Estados, el uso de la mascarilla, etc.

La sociedad de los extremos regida por la polarización ideológica pulsiva cancela toda posibilidad de reinención del intelectual, y hace de los comentócratas simples ideólogos que abogan por una u otra causas. Se impone, entonces, un discurso faccioso que apela a la división y a la ausencia de posibilidades de conciliación. No hacen más que poner en palabras intereses creados de distinto signo para inundar las redes sociodigitales y apelar a las emociones pulsivas de los internautas, sin reparar siquiera en la posibilidad de ejercicio del pensamiento autónomo y en la articulación de una narrativa mínimamente coherente.

El ocaso de los intelectuales marcha a la par de la pérdida de sentido en las sociedades contemporáneas, así como de la erosión de la función orientadora que éstos desplegaban respecto a los grandes problemas mundiales y nacionales. Si bien existen intelectuales de peso hoy día (Jürgen Habermas, o el mismo Noam Chomsky, por ejemplo), su influencia tiende a ser menor y a diluirse en medio de la industria mediática de la mentira y de la tergiversación semántica. Esta pérdida de

valor del intelectual y de sus funciones, también son experimentadas por organizaciones como las universidades, las editoriales, los periódicos, las revistas de análisis, etc. Arrasa, entonces, un pensamiento rapaz y socavador que fortalece consignas ideológicas al ritmo no de argumentos y sí de opiniones sin sustento y de golpes de voz que opacan a quien piensa y actúa diferente.

Salir de las prisiones de este pensamiento hegemónico que diezma y lastra el oficio intelectual es una urgencia en las sociedades contemporáneas ante el constante asedio mediático de trogloditas de la palabra que pretenden espectacularidad y no la construcción de argumentos razonados. Solo el ejercicio del pensamiento crítico y la diversidad de ideas salvarán de esa lógica implacable impuesta por la comentocracia y los fastuosos intereses que reivindicán. Lo contrario nos conduciría a un nuevo oscurantismo y a la definitiva pérdida de rumbo y proyecto en el curso del colapso civilizatorio contemporáneo. ■

## UN PENSAMIENTO DESCONECTADO DE LA REALIDAD \*

*Por: Emir Sader\*\**

La separación entre teoría y práctica fue algo que acompañó a la izquierda a lo largo de casi un siglo. Quedaron atrás los momentos en que los grandes dirigentes políticos de la izquierda eran, a la vez, grandes intelectuales. Marx, Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Gramsci, fueron ejemplos determinantes de aquel momento en que teoría y práctica se imbricaban mutuamente.

A partir de la estalinización de los partidos comunistas y del abandono por parte de la socialdemocracia del anticapitalismo, la teoría pasó o, en el mejor de los casos, tendió a quedar recluida en las universidades y centros de estudio, sin tener ninguna relación con la realidad, teorías sin trascendencia práctica. Mientras que la práctica política se fue

---

\* Fuente: [HERNÁN MONTECINOS](#)

\*\* Emir Simão Sader (São Paulo, 13 de julio de 1943) es un filósofo y politólogo brasileño. De origen libanés, se graduó en Filosofía por la Universidad de São Paulo, donde obtuvo una maestría en filosofía política y un doctorado en ciencias políticas. En esta misma universidad, trabajó como profesor hasta que se jubiló. También trabajó como investigador en el Centro de Estudios Socio Económicos de la Universidad de Chile y fue profesor de política en la Universidad Estatal de Campinas.

amoldando a las estructuras existentes de los sistemas políticos, sin análisis más profundos de la realidad y sin capacidad de diseñar futuros alternativos.

Latinoamérica tiene una larga tradición de pensamiento crítico, que tiene en Mariátegui, con su capacidad creativa de captar nuestra realidad en sus particularidades, en el marco del marxismo, a su fundador. En este siglo, la intelectualidad crítica vivió nuevos desafíos frente a la ola neoliberal, no solamente como proyecto económico, sino como modelo hegemónico renovador del capitalismo.

En un primer momento se trató de resistir a la ofensiva neoliberal, defendiendo las empresas públicas de las privatizaciones, los derechos de los trabajadores, las regulaciones estatales, la soberanía externa. Ello exigió solamente firmeza de principios. Pero incluso en el seno del Foro Social Mundial hubo quienes -especialmente intelectuales europeos- optaron por criticar al Estado desde el punto de vista de la sociedad civil, rindiéndose a tesis de carácter liberal. En lugar de proponer procesos de democratización del Estado, han preferido caracterizar al Estado como reaccionario, conservador, adversario de los movimientos sociales. Pero han sido posiciones minoritarias, que no han sobrevivido con fuerza al surgimiento de los gobiernos antineoliberales en América Latina.

En un segundo momento -después de haber participado activamente en los foros sociales mundiales desde la dirección de CLACSO-, fue el tiempo de construcción de gobiernos alternativos al neoliberalismo, con protagonismo de los nuevos liderazgos (Chávez, Lula, Néstor y Cristina, Pepe Mujica, Evo, Rafael Correa). Solamente una parte de la intelectualidad latinoamericana ha comprendido el carácter profundamente antineoliberal de esos gobiernos, que respondían concretamente a los desafíos de construir alternativas al

neoliberalismo.

Otros han mantenido puntos de vista críticos y distancias, cuando no oposición frontal. Unos, afirmando que esos gobiernos no eran distintos a los gobiernos neoliberales que los habían antecedido y a los cuales se oponían. No veían cómo la Venezuela de Chávez era radicalmente distinta a la que él había heredado. Ni como el Brasil de Lula era absolutamente distinto, comparado con el país que Cardoso le había dejado. Ni que la Argentina de Menem era un país frontalmente diferente al que los Kirchner habían reconstruido. Ni que los gobiernos del Frente Amplio uruguayo habían cambiado radicalmente la sociedad del país. Ni que entre los gobiernos anteriores y el de Evo Morales había un abismo de diferencias. Ni tampoco que el Ecuador de Rafael Correa era otro país respecto a los gobiernos anteriores.

Otros han tratado de descalificar a esos nuevos gobiernos, caracterizados como modelos primario exportadores, dilapidadores de la naturaleza, sin darse cuenta de las transformaciones económicas, sociales y políticas que esos países han tenido, por ejemplo, en comparación con países como Perú y México, que habían mantenido políticas neoliberales. Son intelectuales que se han alejado de la ola progresista que se había producido en el continente, no logrando ningún tipo de apoyo popular y tampoco logrando proponer alternativas de gobierno, consiguiendo que las alternativas a esos gobiernos hayan estado siempre a la derecha, como la crisis posteriores a esas administraciones han demostrado.

Aun la parte de la intelectualidad que se ha identificado con esos mandatos, en general, no ha tenido una participación activa en la formulación de las políticas antineoliberales, que han sido más mérito de los líderes de esos procesos. Gran parte de la intelectualidad de esos países ha votado por esos gobiernos, pero bajo la forma de un consenso pasivo -los han

preferido a los de derecha o de ultraizquierda-, pero sin participar activamente en la construcción de las nuevas políticas y muchas veces sin siquiera participar en el intenso debate ideológico.

Un tercer período fue el del retorno de la ofensiva conservadora y crisis de gobiernos progresistas, sustituidos en varios casos -Argentina, Brasil, Ecuador- por gobiernos de restauración neoliberal o sometidos a duras ofensivas de la derecha, como en los casos de Venezuela, Bolivia e incluso Uruguay.

En este período, la distancia entre la práctica intelectual y los desafíos políticos concretos de la realidad latinoamericana ha sido más evidente. Los líderes políticos de la izquierda, los partidos y los movimientos populares no cuentan, en general, con contribuciones de intelectuales que puedan ayudar a hacer balances, ubicar las debilidades, apuntar hacia su superación y comprender el nuevo período político que tenemos por delante; estos líderes y colectivos tienden a sufrir el aislamiento respecto a la intelectualidad, a sufrir la falta del debate de ideas pertinentes con los desafíos concretos y los nuevos horizontes a dibujar y a encarar.

Una tendencia a encierro en las universidades, centros de estudio, instituciones, con los correspondientes procesos de despolitización, de burocratización en los medios intelectuales. Rasgos típicos de épocas de reveses, de repliegue de la izquierda, de pérdida de iniciativa y de ofensiva de la derecha. En el período actual es notoria la falta de participación de la intelectualidad en los debates públicos, la pérdida de perfil de la presencia de gran parte del pensamiento social latinoamericano, mostrando un período de retroceso en la creatividad teórica y el compromiso político.

Las tendencias críticas, que no valoran las conquistas de este siglo, tienden a predominar; el alejamiento de partidos y movimientos populares, la adhesión a otras alternativas. Pero, principalmente, la despolitización, el refugio en temas e intercambios académicos, lejos de las prioridades y las urgencias políticas de sus países, del continente y del mundo. Las críticas a los partidos y liderazgos de izquierda vuelven a encontrar espacio, a veces de forma muy coincidente, con las de la derecha, después de haber prácticamente desaparecido en los años de auge de los gobiernos progresistas, frente a los cuales habían perdido su discurso.

Es muy significativo que Álvaro García Linera, que fue considerado el más importante intelectual latinoamericano, reciba manifestaciones de rechazo en el medio intelectual del continente. Que Rafael Correa no sea reivindicado también por el medio intelectual, como si él no fuera, además de gran líder político, un importante intelectual latinoamericano, señales de que la contraofensiva conservadora hace sentir sus efectos, de forma directa o indirecta, también en la intelectualidad del continente.

Solamente la comprensión de la perspectiva histórica en que se ubica Latinoamérica, la naturaleza de los problemas que enfrenta la izquierda, el carácter de los reveses actuales, la dimensión de los nuevos retos, los elementos de continuidad con la lucha antineoliberal y los elementos nuevos, que exigen readecuaciones por parte de la izquierda, permiten un nuevo ciclo de compromiso de la intelectualidad latinoamericana con la historia contemporánea de nuestro continente. No caben más iniciativas que no se traduzcan en contribuciones concretas, en nuevas interpretaciones de lo que vivimos. La intelectualidad del pensamiento crítico latinoamericano necesita más profundidad, creatividad, trabajo colectivo, compromiso político, ideas, acercamiento a los movimientos

y partidos populares. Agregar a la resistencia al neoliberalismo la participación concreta, con análisis y propuestas, en la recuperación de las fuerzas antineoliberales, más allá de lo cual, la teoría se volverá a apartar de la práctica, se perpetuará como ideas sin trascendencia respecto a la realidad concreta y se facilitará la ofensiva política e ideológica de la derecha.

Sin teoría, la práctica se vuelve impotente. Sin práctica, la teoría se vuelve inocua. ■

## INTELECTUALES, ENTRE CHARLATANES DE FERIA Y BASTIONES DEL PENSAMIENTO CRÍTICO\*

Por: *Marcelo Colussi* \*\*

*Un día, los intelectuales apolíticos de mi país  
serán interrogados por el hombre sencillo  
de nuestro pueblo.*

*Se les preguntará, sobre lo que hicieron  
cuando la patria se apagaba lentamente,  
como una hoguera dulce, pequeña y sola.*

(...)

*¿Qué hicisteis cuando los pobres sufrían,  
y se quemaban en ellos, gravemente,  
la ternura y la vida?*

*Intelectuales apolíticos de mi dulce país,  
no podréis responder nada.*

*Os devorará un buitre de silencio las entrañas.*

*Os roerá el alma vuestra propia miseria.*

*Y callareis, avergonzados de vosotros.*

Otto René Castillo

---

★Fuente: [Rebelión \(05.11.09\)](#)

★★ Rosario, Argentina (1956). Estudió Psicología y Filosofía en su ciudad natal. Vivió y trabajó en varios países latinoamericanos: Nicaragua, El Salvador, Venezuela, siempre en el ámbito de programas sociales y derechos humanos, y desde hace más de 20 años radica en Guatemala. Es psicoanalista, investigador social y catedrático universitario. Escribe regularmente en varios medios electrónicos sobre cuestiones político-sociales. También ha incursionado en la literatura (cuentos), con varios premios ganados.

**A**UNQUE según Antonio Gramsci todo ser humano “despliega cierta actividad intelectual, es decir, es un “filósofo”, un artista, un hombre de buen gusto, participa en una concepción del mundo”, no hay dudas que los intelectuales “de profesión” constituyen un grupo especial. “Especial” no en un sentido peyorativo; en todo caso: grupo especializado, grupo con una tarea especial, particularizada, con una misión bastante sui generis . Ahora bien: ¿cuál es exactamente esa misión?

La pregunta en torno a qué es un intelectual y a su función es eterna. Desde que alguien se puso a pensar (y de esto hace ya un buen tiempo sin duda), desde ahí hay “intelectuales”. De todos modos, la pregunta sigue siendo válida. Y no sólo válida. Por lo que queremos decir ahora en el desarrollo del presente artículo podría afirmarse que dilucidar esa pregunta puede ser imprescindible, vital. Al tener claro qué es y qué hace un intelectual, se puede tener claro por dónde caminar en este siempre problemático ámbito del interrogarnos, del querer saber, en esta pulsión de conocimiento que parece definir a nuestra especie.

Un intelectual piensa. Verdad de Perogrullo por cierto. Como decía Gramsci, todos pensamos, todos somos algo filósofos. También piensan –mucho por cierto– quienes se dedican al campo de las llamadas “ciencias duras” (ciencias exactas, aquellas que, al menos en principio, no dejan mayor espacio a la duda), aunque nadie dedicado a estas disciplinas (ciencias puras o aplicadas: física, química, telecomunicaciones o ingeniería genética, para poner algunos ejemplos) sería considerado un intelectual en sentido estricto.

¿Qué define entonces hoy “ser intelectual”?

Por supuesto ha de ser algo más que ciertos lugares

comunes, ciertos estereotipos prejuiciosos: un bohemio que anda por las nubes, mezcla rara de artista y filósofo, con barba y fumando en pipa (curioso: el primer estereotipo que surge es masculino; ¿no hay imagen estereotipada de intelectuales mujeres? ¿Aquí también se presenta el machismo?) A partir de ese prejuicio, es fácil terminar considerando al clan de los intelectuales ora como superior, una “raza” con cierta aureola que llama a su reverencia, ora como unos inservibles diletantes sin incidencia práctica real: “sociólogos vagos”, como los llamó un candidato presidencial ecuatoriano alguna vez, o “gente con el privilegio de poder dudar”, según se expresó un militar argentino. Lo cierto es que hay mucho de difuso prejuicio en su apreciación, y menos de una clara y precisa delimitación.

Con Javier Biardeau se podría considerar, al menos, que juegan alguno de estos papeles: “a) custodios de valores permanentes de la “civilización”, b) comprometidos con las luchas de su tiempo con base en un proyecto revolucionario, c) articuladores de la queja común, d) portavoces de los débiles, e) contradictores del poder, e) aseguradores del saber-experto, f) servidores de los amos de turno”.

Sin duda no es fácil precisar con exactitud qué es y qué hace un intelectual; pero quizá más a base de intuiciones que de precisiones lógico-formales, estamos seguros de lo que no es.

Pero, ¿por qué todas estas elucubraciones? No oculto el motivo de escribir estas líneas: es la reacción –visceral en buena medida ¿por qué negarlo?– a lo escuchado recientemente en una conferencia: que “ante el avance imparable de las ciencias los intelectuales están llamados a su desaparición” (sic).

La idea (o más bien el prejuicio) en juego en esta afirmación es que la acción de los intelectuales es puro humo destinado

a desvanecerse o, en todo caso, es algo colateral, sin mayor importancia, incomparable con la “seriedad” de las ciencias (léase para el caso: ciencias duras); es decir: algo así como pasatiempo banal. Está tan plagado de inconsistencias este discurso ideológico que ni siquiera vale la pena intentar desmontarlo de parte a parte. No es esa la intención de este breve escrito; pero sí, a partir de una formulación tan ricamente cargada de formaciones político-culturales, podemos aprovechar la ocasión para puntualizar y definir de qué estamos hablando: ¿qué aportan los y las intelectuales? ¿De verdad van a desaparecer? ¿Por qué?

Buena parte de quienes leen este artículo, y habitualmente leen el medio en que aparece, podrían considerarse “intelectuales”. ¿Qué los definiría así? Seguramente no el hecho de tener barba ni fumar en pipa (es probable que esas características superficiales no las tenga ninguno –ni ninguna– de quienes ahora están leyendo esto).

Se es “intelectual” por una posición en la vida, por una actitud y no tanto por una especialidad profesional. En esta era de hiperespecializaciones donde los grados universitarios van quedando “pasados de moda” y se exigen post grados como carta de presentación –ya estamos en los post doctorados– para un mercado laboral cada vez más descarnadamente competitivo, mundo, valga recordar, que al mismo tiempo presenta un 15% de su población planetaria analfabeta, en esta era de (supuesta) excelencia académica creciente, no hay carrera de “intelectual”. Nadie se gradúa de tal. ¿Dónde se estudia eso? Jorge Luis Borges, sin duda uno de los grandes intelectuales del siglo XX, erudito como nadie, tenía por todo título académico un bachillerato en Suiza; y Nicanor Parra, el gran poeta chileno, intelectual de fina sensibilidad humana y social, tenía por grado de sus estudios formales... profesor de matemáticas. ¿Cuándo se empieza a ser intelectual

entonces? La historia está llena de intelectuales sin título profesional.

La pregunta insiste: ¿cuándo se comienza a ser un intelectual? ¿Qué cosa da esa categoría? El periodista Ignacio Ramonet, por ejemplo, el director de *Le Monde Diplomatique*, sin duda es un intelectual. ¿Lo son también los otros periodistas que trabajan en ese medio? ¿Qué diferencia a un periodista de un intelectual? ¿O no hay diferencias? Aunque exista esa cierta inexactitud en la definición, así sea a tientas intuimos de qué se habla cuando se dice que alguien es un intelectual: es alguien que piensa, que piensa creativamente. Si bien puede tener directa ligazón con lo político, no es un político. La práctica política se relaciona directamente con el poder, en tanto lo intelectual tiene que ver, antes bien, con la búsqueda de la verdad, con la creatividad.

Al hablar del poder tocamos el corazón del asunto: un intelectual es alguien que, o funciona como servidor del amo de turno, o es un contradictor del poder. En esa dinámica se despliega toda su actividad: como “profesional” de la cultura, del hecho civilizatorio en sentido amplio, le toca definirse por una de las dos alternativas: mantiene el orden dado, o lo cuestiona. No hay trabajo intelectual neutro. Hay intelectuales que actúan en la esfera política propiamente dicha, poniendo el cuerpo en forma directa: Lenin, Mao Tse Tung, Fidel Castro, o por el lado del pensamiento no-crítico, fundador y defensor del sistema: los iluministas franceses (Voltaire, Rousseau, Montesquieu, etc.), George Washington, Mario Vargas Llosa, pero esa no es la generalidad. Los intelectuales hacen su aporte modestamente desde un trabajo silencioso, no desde la tribuna pública.

Ahora bien: la idea aquella por la que “la” ciencia hará a un lado a los intelectuales desplazándolos por inservibles,

esconde una visión prejuiciosa (ideológica) de las ciencias, idea no crítica por cierto: idea que las asimila a instrumentos a favor de los poderes constituidos, sin cuestionamiento, el saber como servidor del amo de turno. ¿De qué ciencia se está hablando? De cualquier actividad que sirva para mantener el orden establecido, desde las modernas tecnologías comunicacionales de manipulación social a la psicología militar, desde las técnicas de mercadeo a eso que en Estados Unidos se llamó alegremente “ingeniería humana”, hoy esparcido por todo el globo. Si ese cúmulo de saberes es lo que reemplazará al pensamiento crítico sobre lo humano, sobre lo social y sobre la historia, la perspectiva es muy preocupante. Y sabemos que esa es la tendencia en marcha, por eso se torna imprescindible seguir levantando voces a favor de un humanismo crítico y cuestionador. Es decir: de una intelectualidad comprometida con la verdad.

Por supuesto que un intelectual puede ser parte vital del sistema. Ahí están los llamados “tanques de pensamiento”, los ideólogos que “piensan” los escenarios del mundo, que diseñan el orden cultural, los engranajes vitales al sistema que, ciencias de por medio, consolidan el estado de cosas. La “ingeniería humana” no es sino eso.

Pero un intelectual también puede optar por otro proyecto. La función del intelectual es ayudar a abrir los ojos. Aunque en esto hay que tener cuidado: tampoco un intelectual es un iluminado que conduce al rebaño de zombies hacia la sabiduría. Esa es la otra versión del intelectual –y lo que alimenta esa visión, igualmente estereotipada y también errónea– de su aureola mágica. Si alguna responsabilidad ética le toca, es la de ayudar a quien no ha tenido la posibilidad de un desarrollo intelectual a poder ver lo que le está vedado. Si la cuota de saber de que dispone le sirve sólo como mero regodeo, supuesto tesoro del que se ufana terminando muchas veces en

bizantinas discusiones estériles para demostrar cantidades de saberes en juego, eso justifica ese otro estereotipo que circula socialmente donde se le ve como “alejado de la realidad, enfrascado en sus propias elucubraciones”. Esa actitud, con un tácito llamado a una “discusión teórica permanente” que esconde una parálisis en la acción concreta, es lo que ha llevado a desconfiar de su importancia, de su utilidad, considerándolo entonces un “vago inservible”.

Pero ni lo uno ni lo otro: así como un pragmatismo ciego sin teoría no puede sino estrellarse contra la pared, un devaneo teórico por el puro goce de especular no aporta nada. En definitiva, tanto uno como otro son inconducentes.

Las ciencias de las que nuestro conferencista se jactaba – aunque no sólo él, sino en buena medida la conciencia término medio que ha creado la modernidad– producen efectos, sin duda. Si, por ejemplo, consumimos todo lo que consumimos es porque hay saberes técnicos que posibilitan operar y decidir los “gustos” de los consumidores: ¿por qué los logotipos de las marcas más conocidas mundialmente llevan todos, invariablemente, los colores rojo, amarillo y blanco? Un cierto saber técnico (disfrazado de científico) lo certifica. Y no hay duda de que eso es cierto, que produce impactos. En definitiva: que sirve para vender. Utilizar ese conocimiento para mercadear es, en la lógica de nuestro conferencista, lo que marca el rumbo de las ciencias sociales contemporáneas. ¿Lo podemos aceptar? Ahí es donde nace entonces el pensamiento crítico (o si se quiere decir de otro modo: la misión de la intelectualidad como contradictora del poder).

Justamente el problema que se le presenta hoy al pensamiento crítico, el que intentan desarrollar los intelectuales en tanto contradictores al sistema, es la forma en que el saber “oficial” de ese sistema va tomando forma. Como dijo Ralph

Emerson, podemos estar de acuerdo en que “la tarea más difícil del mundo es pensar”, pensar críticamente se entiende. Sin duda, puesto que se trata de remar contra la corriente. Eso no es nuevo; siempre ha sido así, y cada pequeño avance en las ideas, en las teorías –¿podremos decir: en la civilización?– costó sacrificios indecibles, pagados con muerte, sufrimiento, escarnio, destierro. Pero ahora las cosas se complican porque el grado de “impacto” (palabra tan de moda) de esos saberes que recorren el mundo es tan fenomenal (por ejemplo, lo que más arriba presentábamos como demostración de la “infalible” psicología de la percepción, las “ciencias” de nuestro conferencista), y junto a eso la cantidad inconmensurable de datos y más datos que se producen con velocidades vertiginosas es tan inmanejable, que formular visiones globales y críticas de esos procesos se torna muy complicado.

Ser un intelectual crítico en un mundo manejado por poderes descomunales que hacen uso de cada pequeño avance tecnológico (se dice, por ejemplo, que vivimos en guerra perpetua, “guerra de cuarta generación” la llaman los ideólogos de la derecha, guerra psicológico-mediática, aunque no nos demos cuenta), abrir una visión alternativa ante ese “impacto” fabuloso que evidencian las ciencias sociales –ingeniería humana– que no se avergüenzan de ser las sirvientes del Amo de turno, es difícil, entre otras cosas, porque no se dispone de “éxitos” que mostrar desde este lado. Y además, manejar el grado casi infinito de datos e información que recorre el mundo ya es una tarea imposible en términos prácticos.

Pero para quienes siguen apostando por la visión humanista y crítica del mundo, para quienes no se fascinan con esa ingeniería humana tan “exitosa” y de tan alto impacto, algo nos puede dar esperanzas, al mismo tiempo que llena de sentido el trabajo intelectual, hoy cuestionado por este conferencista

(y por tanta propaganda que, o lo sataniza, o lo denigra). Permítasenos presentarlo con un breve parangón histórico: la Revolución Francesa de finales del siglo XVIII no fue el origen del mundo moderno, de la burguesía como clase dominante con toda su ideología liberal de libre mercado; fue, por el contrario, la culminación de un proceso que se venía gestando desde siglos atrás, que arranca ya con la Liga Hanseática en el siglo XIII y es desarrollado por toda la intelectualidad europea que comenzó a promover ideas nuevas que posibilitaron el Renacimiento y el surgimiento de la ciencia moderna tal como hoy la podemos conocer; ideas-fuerza, valga decir, que se fueron transformando en los ideales político-filosóficos que para 1789 logran forma acabada. Pero lo que posibilitó la toma de la Bastilla y el guillotinar de la nobleza francesa como símbolo del inicio de una nueva era política, de nuevas relaciones de poder, fue el trabajo intelectual de innumerables pensadores que fueron creando las bases de esa “asalto al poder” dieciochesco.

En ese sentido podemos decir que el experimento socialista, del que conocimos en el siglo XX sólo los primeros balbuceos —extraordinarios en algunos casos, condenables en otros, pero siempre eso: primeros pasos— no es un punto de llegada: es un punto de partida, y sólo el trabajo intelectual de revisión crítica —no el debate estéril para el propio pavoneo, que quede claro—, sólo la lectura constructiva y la reformulación teórica profunda, honesta, buscadora de la verdad, podrá hacer de estos primeros pasos un momento en la construcción de esa sociedad menos injusta que sigue siendo el ideal del socialismo, aunque hoy se lo quiera hacer pasar por fenecido.

En ese sentido, entonces, los intelectuales tienen un gran reto por delante: seguir pensando y dando forma a esa utopía que nos sigue haciendo caminar. Sin ser la guía, la

vanguardia esclarecida –¡pobres de aquellos que se lo crean!–, los intelectuales no son “charlatanes de feria”. Son, por el contrario, bastiones de un pensamiento crítico que no ha muerto ni se puede dejar morir. ■

## LA TRAICIÓN DE LOS INTELLECTUALES\*

*Chris Hedges\*\**

Traducción para [www.rebellion.org](http://www.rebellion.org): Sinfo Fernández

LA reescritura que de la historia hacen las elites en el poder se hizo penosamente evidente cuando la nación marcó el décimo aniversario del comienzo de la Guerra de Iraq. Algunos afirmaron que se habían opuesto a la guerra cuando en realidad no había sido así. Otros, los “idiotas útiles de Bush”, sostuvieron que simplemente habían actuado de buena fe en función de la información de que disponían; que si hubieran sabido entonces lo que saben hoy, nos aseguraron, habrían actuado de forma muy diferente. Esto, por supuesto, es falso. Los promotores de la guerra, especialmente los “halcones liberales” –que incluían a Hillary Clinton, Chuck Schumer, Al Franken y John Kerry, además de académicos, escritores y periodistas como Bill Keller, Michael Ignatieff, Nicholas Kristof, David Remnick, Fareed Zakaria, Michael Walzer, Paul Berman, Thomas Friedman, George Packer, Anne-

---

\* Fuente: [http://www.truthdig.com/report/item/the\\_treason\\_of\\_the\\_intellectuals\\_20130331](http://www.truthdig.com/report/item/the_treason_of_the_intellectuals_20130331)

\*\* Chris Hedges, pasó casi dos décadas como corresponsal extranjero en Centroamérica, Oriente Medio, África y los Balcanes. Ha informado desde más de cincuenta países y ha trabajado para The Christian Science Monitor, National Public Radio, The Dallas Morning News y The New York Times, para el que estuvo escribiendo durante quince años.

Marie Slaughter, Kanan Makiya y el difunto Christopher Hitchens, hicieron lo que siempre habían hecho: embarcarse en actos de supervivencia. Oponerse a la guerra hubiera sido un suicidio político. Y ellos lo sabían.

Sin embargo, estos apologistas actuaron no sólo como animadores de la guerra; en la mayoría de los casos ridiculizaron e intentaron desacreditar a todo aquel que cuestionó el llamamiento a invadir a Iraq. Kristof, en *The New York Times*, atacó al cineasta Michael Moore tildándole de teórico de la conspiración y escribió que las voces contra la guerra estaban sirviendo para polarizar lo que denominó como “cloaca política”. Hitchens dijo que aquellos que se oponían a atacar a Iraq “no creen en absoluto que Sadam Husein sea un chico malo”. Llamó “antiguo hippy descerebrado o vociferante neoestalinista” al típico manifestante antibelicista. Una década después, los desganados mea culpa de muchos de estos cortesanos evitan siempre mencionar el papel más pernicioso y fundamental que jugaron en la preparación de la guerra: acallar el debate público. Aquellos de nosotros que nos manifestamos contra la guerra, enfrentados a la embestida de los “patriotas” de derechas y sus apologistas liberales, nos convertimos en parias. En mi caso, no importó que yo hablara árabe, no importó que hubiera pasado siete años en Oriente Medio, incluyendo varios meses en Iraq, como corresponsal en el extranjero. No importó que conociera cuáles eran los objetivos de esa guerra. Las críticas de que fuimos objeto tanto yo como otros opositores a la guerra, nos convirtió en sujetos despreciables por parte de una elite liberal que quería cobardemente demostrar su propio “patriotismo” y “realismo” respecto a la seguridad nacional. La clase liberal fomentó un odio rabioso e irracional hacia todos los críticos con la guerra. Muchos de nosotros recibimos amenazas de muerte y perdimos nuestros empleos, en mi caso en *The New York Times*.

Diez años después, esos liberales belicistas siguen ignorando tanto su bancarrota moral como su mojigatería empalagosa. Pero tienen en sus manos la sangre de cientos de miles de seres inocentes.

Las elites en el poder, especialmente la elite liberal, han estado siempre dispuestas a sacrificar la integridad y la verdad a cambio de poder, ascenso personal, becas de fundaciones, premios, titularidades de cátedras, columnas, contratos de libros, apariciones en televisión, conferencias dotadas de generosos honorarios y estatus social. Saben lo que tienen que decir. Saben a qué ideología tienen que servir. Saben qué mentiras hay que contar: la mayor de las cuales es que asumen posturas morales sobre temas que no son precisamente inocuos o anodinos. Llevan mucho tiempo auspiciando esos juegos. Y, si sus carreras lo requirieran, nos venderían alegremente de nuevo. Leslie Gelb, en la revista *Foreign Affairs*, explicaba después de la invasión de Iraq: “Mi apoyo inicial a la guerra fue sintomático de las desafortunadas tendencias dentro de la comunidad de la política exterior, es decir, de la disposición e incentivos para apoyar las guerras a fin de conservar su credibilidad política y profesional”, escribió. “Nosotros, ‘los expertos’, tenemos mucho que reflexionar sobre nosotros mismos, aunque ‘pulamos’ a los medios de comunicación. Debemos redoblar nuestro compromiso con el pensamiento independiente, y acoger, en vez de desechar, opiniones y hechos que atacan la sabiduría popular, a menudo equivocada. Eso es al menos lo que nuestra democracia necesita”. La cobardía moral de las elites en el poder es especialmente evidente en lo que se refiere a la trágica situación de los palestinos. De hecho, se utiliza a la clase liberal para marginar y desacreditar a quienes, como Noam Chomsky y Norman Finkelstein, tienen la honestidad, integridad y coraje de denunciar los crímenes de guerra israelíes. Y la clase

liberal se ve recompensada por ese sucio papel de ahogar el debate.

“Para mí, nada hay más censurable que esos hábitos mentales de los intelectuales que inducen a evadirse, a ese alejamiento característico de la postura difícil y con principios, que sabes que es correcta pero que decides no asumir”, escribió el difunto Edward Said. “No quieres parecer demasiado político; tienes miedo de parecer polémico; quieres mantener una reputación de ser equilibrado, objetivo y moderado; estás esperando que vuelvan a invitarte, a consultarte, a pertenecer a una junta o comité prestigioso, y por eso permaneces dentro de la corriente dominante establecida; porque esperas conseguir algún día un grado honorario, un gran premio, quizá incluso una embajada”.

Para un intelectual, esos hábitos mentales son corruptos por excelencia”, seguía Said. “Si algo hay que puede desnaturalizar, neutralizar y finalmente acabar con una apasionada vida intelectual, ese algo es la internalización de esos hábitos. A nivel personal, me he topado con ellos en una de las más complicadas de todas las cuestiones contemporáneas: la cuestión palestina, donde el temor a hablar claro sobre una de las mayores injusticias de la historia moderna ha coartado, ofuscado y amordazado a muchos que conocen la verdad y están en posición de servirla. Porque, a pesar del maltrato y denigración sufridos por cualquier claro defensor o defensora de los derechos y autodeterminación palestinos, merece la pena decir la verdad y que un intelectual compasivo y valiente la represente”.

Julien Benda sostenía en su libro publicado en 1927 “La Trahison des Clercs” [La traición de los intelectuales], que esto sólo se produce cuando no nos implicamos en la búsqueda de objetivos prácticos o ventajas materiales que nos

puedan servir de conciencia y correctivo. Aquellos que trasladan sus lealtades a los objetivos prácticos del poder y a las ventajas materiales se castran a sí mismos intelectual y moralmente. Benda escribió que en otro tiempo se suponía que los intelectuales eran indiferentes a las pasiones populares. “Que eran un ejemplo de compromiso puramente desinteresado con las actividades de la mente y que generaron la creencia en el valor supremo de esta forma de existencia”. Se les veía “como unos moralistas que estaban por encima del conflicto de los egoísmos humanos”. “Predicaban, en nombre de la humanidad o de la justicia, la adopción de un principio abstracto superior y directamente opuesto a esas pasiones”. Esos intelectuales, reconocía Benda, no eran capaces, con demasiada frecuencia, de impedir que los poderosos “anegaran toda la historia con el ruido de sus odios y sus matanzas”. Pero, al menos, “impidieron que los legos establecieran sus acciones como religión, les impidieron que pensaran de ellos mismos que eran grandes hombres cuando perpetraban esas actividades”. En resumen, afirmaba Benda, “la humanidad hizo el mal durante dos mil años, pero honró a los buenos. Esta contradicción era un honor para la especie humana y creó la grieta por donde la civilización se deslizó en el mundo”. Pero una vez que los intelectuales empezaron a “jugar el juego de las pasiones políticas”, aquellos que habían “actuado como freno sobre el realismo de la gente empezaron a actuar como sus estimuladores”. Y es por esta razón por la que Michael Moore tiene razón cuando culpa a *The New York Times* y al establishment liberal, incluso más que a George W. Bush y Dick Cheney, por la guerra de Iraq”.

“El deseo de decir la verdad”, escribió Paul Baran, el brillante economista marxista y autor de “*The Political Economy of Growth*” [La economía política del crecimiento], es “sólo una de las condiciones para ser intelectual. La otra es el coraje,

la disposición para emprender investigaciones racionales te lleven donde te lleven... resistiéndote... ante la cómoda y lucrativa conformidad”.

Aquellos que desafían tenazmente la ortodoxia de las creencias, que cuestionan las pasiones políticas dominantes, que se niegan a sacrificar su integridad para servir al culto del poder, son empujados a los márgenes. Son denunciados por las mismas gentes que, años después, afirmarán a menudo que estas batallas morales son las suyas. Pero son sólo los marginados y los rebeldes los que mantienen vivas la verdad y la investigación intelectual. Los que ponen nombre a los crímenes del Estado. Los que dan su voz a las víctimas de la opresión. Los que formulan las preguntas difíciles. Y más importante, los que exponen a los poderosos, junto a sus apologistas liberales, por lo que son. ■

## Antonio Gramsci y los intelectuales\*

Por **Cristóbal León Campos**\*\*

---

**E**N la sociedad capitalista el trabajo se especializa y requiere mayor conocimiento generando que la distinción entre intelectuales y no intelectuales se refiera a la profesionalización.

Durante siglos el intelectual ha ocupado un lugar privilegiado en la sociedad, justamente por eso, su responsabilidad es mayor, aunque en los últimos años, su imagen y papel se ha puesto en entredicho con el surgimiento de las nuevas tecnológicas y el supuesto “fin de las ideologías”. En este panorama, el pensamiento del marxista Antonio Gramsci, adquiere relevancia para el replanteamiento de la función social de los intelectuales, obras como *La formación de los intelectuales* y *Cuadernos de la Cárcel*, son referencias indispensables, que, al cumplirse 130 años de su natalicio en Ales, Italia, el 22 de enero de 1891, adquieren vigencia.

Para Gramsci “todos los hombres son intelectuales, pero no todos tienen en la sociedad la fusión de intelectuales”. La formación de los intelectuales responde a las necesidades de

---

\* Fuente: [Rebelión](#)

\*\* **Cristóbal León Campos** es historiador por la Universidad Autónoma de Yucatán, editor de *Disyuntivas. Cuaderno de Pensamiento y Cultura* y autor de *En voz íntima*. Coordinador de la Cátedra Libre de Pensamiento Latinoamericano “Ernesto Che Guevara”. Integrante fundador de la Red Literaria del Sureste México-Nuestra América.

los grupos sociales con una función esencial en el mundo de la producción económica. Menciona que todo grupo en el poder necesita producir y reproducir su hegemonía y para ello se vale de los intelectuales, quienes están “encargados de elaborar y difundir mediante los más diversos tipos de organizaciones e instituciones las relaciones económicas, jurídicas, políticas, filosóficas, artísticas, científicas, ideológicas y religiosas”. Son ellos los que construyen la hegemonía, un concepto fundamental en su legado filosófico.

Los intelectuales llevan a cabo la instrumentación del carácter dirigente de la clase dominante, contribuyendo a crear las condiciones políticas e ideológicas que le posibilita conseguir la aceptación de la clase y sectores oprimidos. Pero, al mismo tiempo, son ellos los que construyen las ideas y organizan a los grupos sociales para liberarse de la hegemonía del otro, y, para desarrollar sus propios sistemas hegemónicos. Gramsci habla de dos tipos de intelectuales: el orgánico y el tradicional. No concibe la existencia de intelectuales independientes, ya que según los vínculos que tengan con las distintas categorías actúan a favor de los intereses de una o de otra clase social. No se olvide que en su artículo “Odio a los indiferentes” escribió: “Vivir significa tomar partido [...] La indiferencia es apatía, es parasitismo, es cobardía, no es vida. Por eso odio a los indiferentes”.

Los intelectuales orgánicos tienen la función de asimilar y conquistar ideológicamente a los intelectuales tradicionales para beneficio de la clase social que quiere ser dominante y dirigente. Esto con el fin de crear y expandir la hegemonía de la clase que representa, pero además busca evitar que otras clases desarrollen sus propios dirigentes y, en consecuencia, sus proyectos de hegemonía. El intelectual tradicional es aquel que por lo general está enlazado a una clase que, pudiendo no haber dejado de ser esencial, ya ha sido

desplazada de la dirección estatal. Los intelectuales tradicionales tienen experiencia en la organización y dirección política e ideológica de los grupos sociales.

El capitalismo busca incorporar a los tradicionales como intelectuales subordinados y obtener el consenso de los grupos sociales a los que se encuentran ligados. Por ello, la organización de los intelectuales y su consecuente conversión en “educadores nacionales” es, según Antonio Gramsci, una de las necesidades básicas para la lucha contra la hegemonía capitalista. ■



**Edición:**  
**Marzo de 2023**